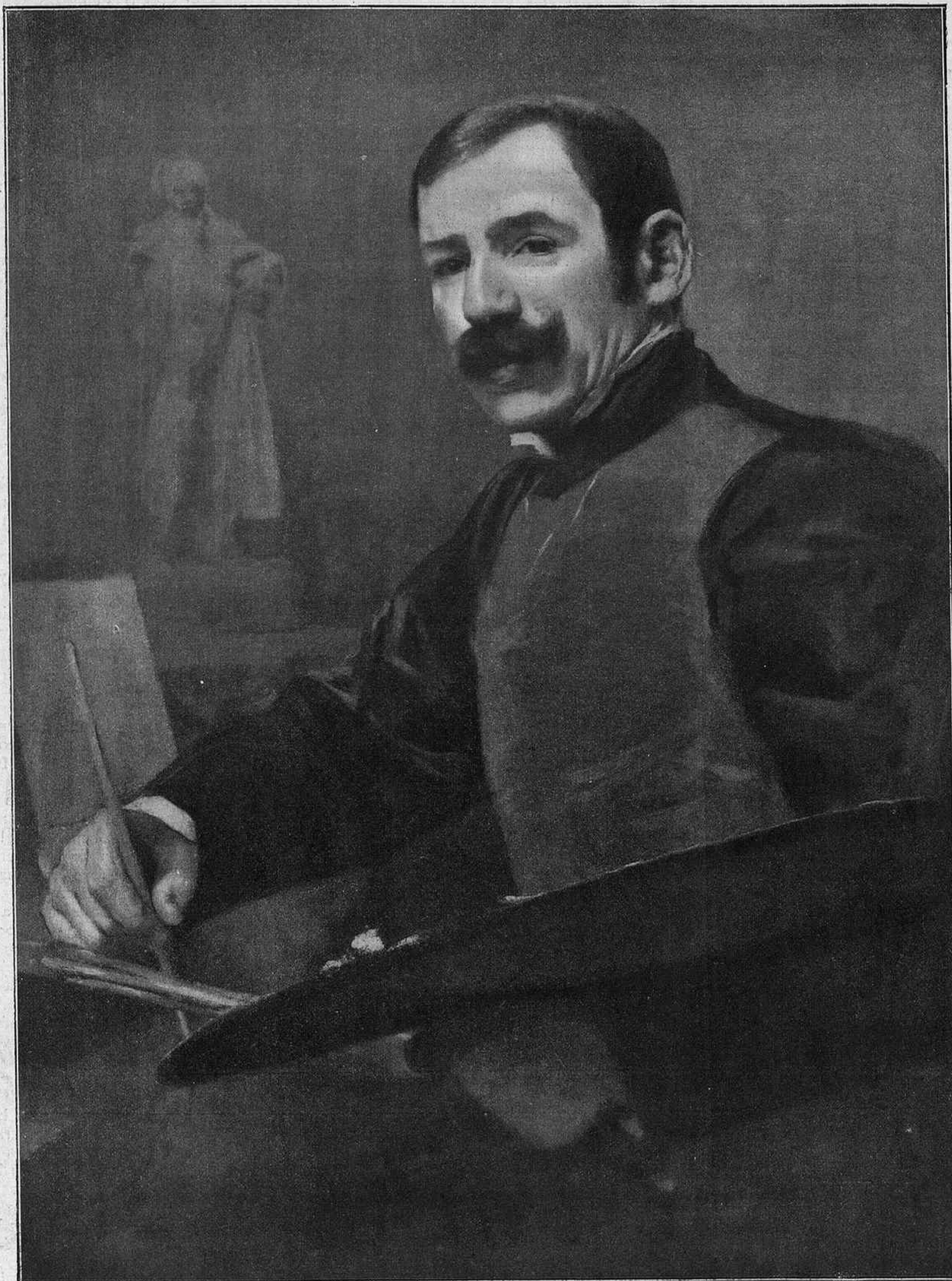


La Ilustración Artística

Año XXIV

← BARCELONA 5 DE JUNIO DE 1905 →

Núm. 1.223



EL ESCULTOR MARIANO BENLLIURE, retrato pintado por José Moreno Carbonero





Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Inseparables*, por Emilio Rueda. — *Los días de oro de la infancia*. — *La Casa de los Actores en Pont-aux-Dames*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *D. Francisco Silvela*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *Timbales y timbaleros*, por W. B. Robertson.

Grabados.— *El escultor Mariano Benlliure*, retrato pintado por José Moreno Carbonero. — Dibujo de Camps que ilustra el artículo *Inseparables*. — *Los días de oro de la infancia*, pintura mural y dos estudios para la misma de L. Fahrenkrog. — *Una aventura de Gil Blas*, cuadro de José Moreno Carbonero. — El eminente actor *Coquelin* (el mayor). — *La Casa de los Actores, fundada en Pont-aux-Dames por el actor Coquelin* (el mayor). — *Guerra ruso-japonesa. Oficiales rusos interrogando a un prisionero japonés*. — *El general ruso Daniloff esperando las avanzadas de las columnas japonesas*. — *Llegada a Guntchulin de los cañones rusos salvados en la batalla de Mukden*. — *Soldados europeos del 4.º cuerpo ruso*. — El almirante ruso *Birileff*. — Los capitanes *Buchvostoff*, del «Alejandro III»; *Yegorieff*, del «Aurora»; *Tschagin*, del «Almaz»; *Baer*, del «Ostiabla»; *Serebriakoff*, del «Borodino»; *Ignatiús*, del «Kniaz-Suboroff»; *Persen*, del «Izumrud»; *Bruseloff*, del «Cromoboi»; y el general *Razbeck*. — *Excelentísimo Sr. D. Francisco Silvela*. — *Timbales y tambores*. — *La Asociación Musical de Barcelona ensayando en la Escuela Municipal de Música el Oratorio de Beethoven*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me han encantado los paisajes granadinos, y quiero imitar a las turistas inglesas, que se sientan, abren el álbum, afilan el lápiz ó desfilen la pastilla de acuarela, y fijan en el papel la visión fugitiva.

Veinte y pico de años van corridos desde mi primer visita a Granada. Me la enseñó un incomparable cicerone, D. Leopoldo Eguilaz, más colorista é imaginativo en su palabra que Washington Irving en sus cuentos, y la recordaba como si allí hubiese estado la víspera. No diré que me hayan encantado las nuevas edificaciones. Es siempre desagradable la novedad en ciudades que la historia consagra á la estabilidad, y hacen el efecto las casas flamantes del toque de purpurina en un marco antiguo.

La Alhambra, en restauración entonces, en restauración continua, sin que se pueda sospechar cuándo dejarán de manchar y deslucir el mágico monumento los cascotes, el yeso, los ladrillos, los maderos, las virutas. Y lo más curioso es que la Alhambra, á estas trazas de edificio en reparación, une las del edificio ruinoso, minado por la humedad y los sacudimientos del terreno. Y antes de que los periódicos diesen la voz de alarma, los que visitábamos la Alhambra el Miércoles Santo decíamos, moviendo la cabeza: «Si no ponen remedio, esto se hunde.»

El monumento, según mis informes, le cuesta á la nación muy respetable partida anual. La Alhambra no es grande: sus dimensiones actuales (yo sospecho que mermadas al iniciarse la construcción del palacio de Carlos V) permiten que sea atendido á menos costa que si fuese una de esas moles ingentes, babilónicas, un Escorial ó un Kremlin. Por esto apenas doblemente la lentitud con que marcha la ha tantos lustros iniciada restauración.

Dudo que exista otro monumento más visitado de extranjeros, particularmente de ingleses. Los hoteles de Granada—pocos y muy medianos—se encuentran siempre atestados de viajeros, y hay que avisar de antemano para posar allí. A nosotros nos fijaron en el Siete Suelos el plazo de veinticuatro horas, en que habíamos de dejar sitio á una de esas cáfilas de Cook y Baedeker en bolso, que vienen á gritar extáticas, en coro: «¡Beautiful!» Si en Granada se estableciese un hotel amplio, á precios regulares nada más, la gente, que se detiene uno ó dos días, se eternizaría en el regazo de la hermosa sultana. Granada no es para vista aprisa, sino para saboreada y desleída en el paladar como un confite moruno de hojas de rosa.

Siendo tan continua la afluencia de extranjeros, la Alhambra puede ayudarse á sí propia, si el Estado establece una pequeña cuota por entrar. Recuerdo que esto se hizo, indicándoselo yo al cardenal Payá, en la Catedral de Toledo, que antes se veía (en su parte reservada) mediante propina y favor, con infinitas cortapisas, y hoy ve todo el mundo, en uso de su derecho, mediante la adquisición de una papeleta, habiéndose creado así una rentita la catedral, de perlas para sostenimiento del culto y otras atencio-

nes, ahora que andan tan apuradas las fábricas de estos bellos monumentos religiosos.

Es la Alhambra un joyel que hasta hoy no ha hecho más que costar dinero. Que reditúe. La contribución, en su mayor parte, recaerá sobre los hijos de la *pérfida*. En Granada, hasta los camareros de las fondas hablan inglés: En las tiendas se lee el «English spoken.» Del *oro inglés* vive una lechigada de hosteleros, anticuarios, gitanos con color local, pordioseras muy patinosas, y sabe Dios qué tropel. En toda Europa se cobra por ver y admirar. Europeicémonos.

Viene á recordarme mi deseo de pintar á brochazo el paisaje granadino, una bella *miss* rubia, peinada á la diabla, á quien sorprende en el patio del Generalife, consagrada á tomar la vista de los arcos en que la perspectiva remata.

Comprendo que los jardines del Generalife y la Alhambra, los *cármenes*, hayan incitado á Rusiñol. No se parecen á otros del mundo. Más que jardines, son patios; más que patios, canales de agua corriente, pura, cristalina. El jardín lo hace el agua; los pilones, los estanques, los tazones, los chorros y el celaje, las nevadas cumbres, las nubes opalinas de estos magníficos amaneceres y atardeceres, reflejadas en tan lindos espejos.

Son chicos los *cármenes* en general; tienen las proporciones reducidas y gentiles de las estancias moriscas, y los arrayanes, los mirtos, las rosas, los cedros, contribuyen á prestarle ese aspecto entre melancólico, voluptuoso y profundamente tranquilo, á cien leguas del mundo—la nota peculiar de Granada.

Nunca deben las conquistas de la moderna floricultura penetrar en los *cármenes*. Bueno está eso para las soberbias posesiones de recreo de Málaga, que pertenecen á nuestra edad. Pero los *cármenes* no deben criar más flores de las que conocieron los moros, de las que pudo cantar Zorrilla, de las que menciona el *Romancero Morisco*—azahares, claveles, jazmines, rosas, clavellinas, mosquetas...—Y quéden se con sus nombres algo exóticos las de ahora, las orquídeas, las violetas rusas, las petunias, las camelias y las azaleas. En Granada, ni la vegetación debe sufrir cambio alguno.

Natural fué que los moros granadinos sintiesen tanto dejar este edénico país. No me agrada ensalzarlo con frases mil veces repetidas, porque el filtro de Granada no es de los que no han tenido cantores. Zorrilla, por especial adaptación de su genio á una época y á una ciudad, agotó las armonías, las esencias, las luces, las imágenes que suscita Granada. El *Romancero*, modelo de Zorrilla, y el poema conocido, es lo que conviene leer al viajar por esta región en el mes de mayo. Un mayo frío, que ha enviado á los *cármenes* más cierzos que céfiros, más ábregos que favonios..., pero que, al cabo, tiene á millares rosas como la que el poeta describió:

«Orlada en torno de punzante espina,
que sobre el agua que los pies la riega
fresca se inclina...»

y tiene arbolillos que son un ramillete ellos todos, y pájaros anidados en los viejos cipreses coetáneos de las Zoraidas...

El genuino paisaje de la tierra granadina, no es en Granada donde lo he recorrido: es en Loja, de triste recuerdo para los Reyes Católicos, ó mejor dicho, en sus alrededores, donde la imaginación me representa á los jinetes cristianos, á las huestes del Maestre de Calatrava, huyendo á la desbandada al pique de las lanzas infieles. No son los olivares, siempre grises y monótonos, el encanto de este suelo. Hay campos mullidos, de felpa, de pluma esmorazina; hay densos manchones de álamos, abedules, chopos, mimbreras; hay caminos orlados de virginal espino blanco y de vicioso saúco; hay rígidos setos de chumberas, que en esta época del año, en aquel terruño impregnado de agua vivaz, no ofrecen el aspecto salvaje y polvoriento de otros setos de nopal en la campiña de Córdoba; hay lujo de silvestres florecillas, lirios que orlan con franja modernista la margen de los arroyuelos, escaramujos que vibran, entre el follaje de los matorrales, un relámpago de risa carmesí...

El agua salta, se remansa, bulle, se despeña, ejecuta todos sus juegos y volteos joviales. Ya se precipita en impetuosas cascadas, que ¡ay! presto aprisionará la industria para que rindan su contingente de fuerza y trabajo; ya, desde las entrañas de la sierra, descendiendo en ondas mansas á formar un lago mudo, poético, con algas y pececillos, semejante á aquel misterioso lago del Monasterio de Piedra; ya, partida como una cabellera que desgrena el viento, se desploma á hondo barranco, en hilos esparcidos, de lucería, y con lo pavoroso de su estrépito y de su

caída, hace que el pueblo, gran romanceador, la designe con el expresivo nombre de *Los infernos*...

Por la tarde, cuando subimos al cortijo, á derecha é izquierda nos sorprende la graciosa aparición de fontanas y manantialillos, la magia de esta agua que deja en el paladar la gustosa frialdad de la derretida nieve...

Y es el segundo encanto de este paisaje la transparencia de la atmósfera, gracias á la cual se perfilan con precisión y nitidez admirables las crestas y dentellones, pináculos y recuestos de la sierra, en que nos internamos al ascender, camino de la bien llamada *Cañada Alta*. La tarde es esplendorosa, y sin embargo hace un fresco renovador; las montañas de donde el sol ya se ha despedido, son de violeta amatista, ó azul de esmalte; y las que aún enciende la luz, adquieren el tono cálido y fino de un terciopelo rosa, con anaranjados cambiantes tornasolinos.

Como pastores de este Nacimiento, los campesinos animan el cuadro. Estos vándalos ó sarracenos son elegantes de apostura (menos señoriales y distinguidos que los charros, que son verdaderos donceles del siglo XVI). Sus cuerpos, ágiles y secos; sus caras, rasuradas, curtidas, de expresión entre astuta y ceremoniosa; muy graciosos en la pronunciación, que suena á árabe desde una legua; muy diestros en la burla sazónada, á fuer de gente de raza en que por tradición se estima el ingenio; muy discretos en la réplica; menos soñadores que fatalistas, con puntas y ribetes afidalgados; niños por su curiosidad de ropas y gestos de los forasteros, y nunca hartos de oír hablar á *lo señore*.

En mi tierra, los chicos se ocultan, al interpelarles un desconocido, en las faldas de sus madres. Aquí se acercan sin el menor encogimiento, saludan bien fraseado, guardan la actitud más saladamente confanzuda, no son sin embargo pesados ni sobones, y piden *la perriya* con una cara de pillastres de Muriello, de la más neta escuela española.

Las mujeres del pueblo, á lo que menos se asemejan es al tipo desgarrado y fatal de la andaluza de novela francesa. Son modosas, dulces, halagüeñas, caseras, limpias; tienen sus cazos y sartenes, trébedes y peroles, como el oro mismo, y se prenden en el moño, que sea negro, que sea gris, una ó varias flores, de olor siempre.

Las he visto bailar el fandango, que tiene una música encelada, africana, pero que es un baile honesto. Ya las mozas van olvidándolo; ya las bailadoras son maduras—como sucede en mi tierra con las que aún dominan la *muñeira*, que tienen sesenta años.—Las he oído cantar sus coplas tan infinitamente tristes, esas coplas que sólo hablan, al través del quejido de amor, de la muerte, y he visto á una chucuela de trece años, enteca, deforme, mísera, retorcerse con el más supremo donaire en un tango que ninguna actriz de los teatros madrileños marcaría mejor. Gana esta criatura diez reales al mes vendiendo á los viajeros, en la estación, por cuenta de una humilde industrial, roscos, vidrios de agua, fruslerías; improvisa versos, y—aparte del de Loreto Prado—no conozco cuerpecillo animado de tan extraña vitalidad, ni rostro tan despierto y expresivo como el de la precoz bailaora... Si yo fuese empresario de teatros, la contrataría.

Lo más hermoso tal vez, entre tanta magia de paisaje, que puebla tal castizo plantel de tipos, es la cantera y serrería del mármol, el marco que las rodea, aquellos anfiteatros y graderías de la montaña, en cuyas laderas se recogen á manta los ammonites fósiles, convertidos en mármol también.

Nos sentamos á la vera de una fuente; el aire está embalsamado por la flora serrana; casi anochece, con un hormigueo de estrellas en una bóveda intensamente turquí. Una cabra pelirroja, con ubres grises reventando de hinchadas por la copia de leche, se deja ordeñar con mansedumbre. Ponen la ordeñadura á enfriar en la corriente linfa, y mientras tanto, comemos alfajores, golosina cuyo sabor y nombre evocan á esos ausentes que jamás se han ido, á esos moros que se han llevado las llaves de sus casas, y que si ahora regresasen, no tendrían más que hacerla girar y encender otra vez su hogar extinto, porque... nada ha variado, y este territorio es de Alá y del Profeta.

Y en medio del silencio, que sólo rompe el cántico del agua; mientras se refresca la regalada leche cándida y espumosa, por uno de esos caprichos de la memoria, inexplicables, recuerdo la doliente cantiga de Zaide, que he leído en Pérez de Hita:

«Lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré á la mar,
pues que de la mar salieron.»

EMILIA PARDO BAZÁN.



INSEPARABLES, por EMILIO DE RUEDA



En el palacio de la reina de las hadas todo era agitación y movimiento. Su Majestad había convocado á un concurso con objeto de otorgar un premio al hada que más bienes hubiera hecho á los hombres, y allí acudían, con la esperanza de alcanzar el premio ofrecido, cuantas hadas existían sobre la tierra.

Por la aérea portada del palacio no cesaban de entrar, conduciendo á éstas, carros fantásticos, tirados, cuál por una sierpe, cuál por un grifo, éste por un águila, aquél por un dragón...

Sucesivamente fueron llegando el hada Juventud, sobre una nube de color de rosa, movida por una legión de alados cefirillos; el hada Alegría en un carro formado por campanillas de plata del que tiraban todas las mariposas de un Mayo; el hada Riqueza, en un carro de oro resplandeciente como un sol...

Cuando la reina entró en el salón del trono, ya había en él un sin fin de hadas aspirantes al premio; sólo faltaban dos: Ilusión y Desengaño. Por fin llegaron, Ilusión primero, Desengaño después.

Así que las vió reunidas á todas, la reina de las hadas habló de esta manera:

— He leído detenidamente vuestras solicitudes, he hecho un examen escrupuloso de los méritos de cada una de vosotras, y después de pensarlo con calma, me he convencido de que entre todas las que aspiráis á él, no hay más que dos que merezcan el premio: Ilusión y Desengaño.

Oyóse en el salón un rumor de protesta.

La reina de las hadas frunció el lindo entrecejo, y dirigiéndose á Juventud, Alegría y Riqueza, que eran las que más fuerte murmuraban, les dijo:

— No tenéis razón para murmurar. Tú, Juventud, eres una loca desatada: no hay hombre que no te recuerde con pena, ni favorecido por ti que no llore alguna de las muchas locuras que le inspiraste. Tú, Alegría, eres más loca aún que Juventud; quien se entrega á ti, empieza riendo y acaba llorando sin remedio. Tú, Riqueza, haces desgraciados á los hombres, vuelves holgazanes á los diligentes, avaros á los pródigos, insensibles á los compasivos...

Juventud, Riqueza y Alegría bajaron la cabeza y permanecieron silenciosas. La reina continuó:

— He dicho que únicamente Ilusión y Desengaño son acreedoras al premio y lo repito. Ilusión hace llevadera la vida á los hombres más desgraciados; hace sonreír á los tristes, confiar á los incrédulos, esperar á los dolientes; acompaña á sus favorecidos hasta el sepulcro... Desengaño hace sufrir, es cierto, pero el dolor que ocasiona se torna pronto en bien; remedia los males que causáis vosotras, Juventud, Alegría, Riqueza, y como Ilusión, no abandona á los que favorece hasta el último momento de su vida. Algunas lágrimas causa, pero en cambio, ¡hace tanto bien!.. Enseña á los hombres la verdad, y al contrario que Riqueza, torna diligentes á los perezosos, liberales á los avaros y compasivos á los insensibles. Vuelvo á repetirlo: Ilusión y Desengaño merecen el premio; pero ¡he aquí ahora un conflicto! ¿A cuál de las dos debo otorgárselo? Si por igual hacen el bien á los hombres, merecen el premio por igual...

Quedó un momento reflexiva la reina y luego, dirigiéndose á las aludidas, prosiguió:

— Es preciso que vosotras dos os le disputéis. Elegid un hombre, el que queráis, favorecedle durante su vida entera y yo adjudicaré el premio á aquella de vosotras á quien el hombre bendiga al morir.

Después de estas palabras salió del salón del trono. Las hadas abandonaron el palacio y se volvieron á la tierra; cada cual tomó un camino distinto, menos Ilusión y Desengaño, que juntas empezaron á buscar al hombre que había de resolver la duda de la reina.

Andando, andando, llegaron á una alameda en la que vieron á un joven que estaba grabando el nombre de una mujer en el tronco

de un árbol. Miraron al joven y después se miraron las dos hadas; se habían comprendido; aquel muchacho enamorado fué el elegido para realizar en él la prueba que la reina les había impuesto.

Desde aquel momento Ilusión y Desengaño no se apartaron de él é inspiraron todas sus acciones.

Aquel hombre amaba á una mujer: Ilusión hizo que creyera á su amada la más bella, la más pura de todas las hijas de Eva; hizo que la adornase en su mente de todas las perfecciones, de todas las bondades, de todas las virtudes imaginables. Empujado por Ilusión, el hombre realizó verdaderos imposibles por alcanzar el amor de aquella mujer. Era pobre y á fuerza de inteligencia y de trabajo conquistó una posición envidiable; para aparecer amable ante los ojos de ella, fué virtuoso, honrado, bueno. Después de mucho, el hombre llegó á conseguir el anhelado amor, y al escuchar de labios de la mujer adorada la primera protesta amorosa, se sintió morir de felicidad.

Desengaño dejó que Ilusión hiciese cuanto pudiera, y después, con la esperanza de hacer más y lograr el disputado premio, empezó á influir en el alma del hombre. Le hizo ver que aquella mujer tan deseada no era, ni con mucho, lo que él había soñado; le hizo descubrir en ella, á medida que la trataba, defectos cuya existencia nunca pudo imaginar; por fin, un día le hizo convencerse de que aquella mujer le engañaba...

El pobre hombre creyó morir de pena como antes había pensado morir de felicidad, lloró su desventura y renunció para siempre al amor de la mujer.

Pasados los primeros arrebatos de dolor, conoció que dentro de su alma había un tesoro de ternura y le empleó haciendo el bien á sus semejantes.

Cada lágrima que enjugaba, cada aflicción que consolaba, cada desgracia que remediaba, eran para él otros tantos motivos de alegría; cada buena obra á que daba fin le inundaba el alma de una dicha inefable. Haciendo el bien era feliz.

Pasaron los años y llegó el fin de la vida de aquel hombre. La muerte no le hizo temblar; la recibió como la reciben los hombres que tienen tranquila la conciencia; murió como mueren los justos.

Al punto de su muerte bendijo á Desengaño que le hacía feliz torciendo el rumbo de su vida y haciéndole gastar en el bien los tesoros de ternura que tan mal quiso emplear amando á una ingrata; recordó que Ilusión inspiró sus actos cuando aún amaba á la mujer que le engañó, y bendijo también á Ilusión porque le había ayudado á llegar al estado de poder hacer el bien, lo que le proporcionaba la paz del alma en aquel supremo instante.

Muerto el hombre, Ilusión y Desengaño volaron al palacio de la reina de las hadas y la expusieron lo que habían hecho en el transcurso de tantos años; las dos se creían con derecho al premio porque el hombre al morir las había bendecido á las dos. Ninguna cedía, y de nuevo la reina, tras reconocer sus idénticos derechos, las invitó á repetir la prueba cerca de otro hombre, y si aquél no resolvía la duda, de otro y de otro hasta que la duda quedase resuelta y ella pudiera otorgar con justicia el premio á la que más lo mereciese de las dos.

Ilusión y Desengaño volvieron juntas á la tierra é inspiraron las acciones de muchos hombres, que se sintieron alternativamente felices y desgraciados, y durante su vida bendijeron á una y otras veces á otra de las dos hadas inspiradoras de sus actos, pero nunca al morir bendijeron solamente á una de ellas.

Desde que empezaron la prueba, han acompañado y aconsejado á millones de millones de hombres sin conseguir que ninguno de ellos resuelva la duda de la reina de las hadas... Y así han pasado siglos y siglos, como segundos de una eternidad que nunca se acaba, sin que la indecisa reina haya otorgado aún el premio disintido; mientras tanto Ilusión y Desengaño, celosas una de otra, no se separan jamás, acompañan é inspiran á cuantos hombres encuentran en su camino, y no hay alma de hombre adonde llegue Ilusión en la que no vaya en seguida á sentar sus reales Desengaño...

(Dibujo de Camps.)



LOS DÍAS DE ORO DE LA INFANCIA, pintura mural de L. Fahrenkrog, destinada á la Escuela Superior de Nifas de Barmen (Prusia)

LOS DÍAS DE ORO DE LA INFANCIA

Así se titula la bellísima pintura mural que en esta página reproducimos y que decora una de las paredes del salón de fiestas de la Escuela superior de



ESTUDIO PARA LA PINTURA
«LOS DÍAS DE ORO DE LA INFANCIA»

Niñas de Barmen (Prusia) y que es obra del reputado pintor Luis Fahrenkrog, profesor, desde 1898, de la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad.

Este artista, que actualmente cuenta treinta y siete años, nació en Rendsburg, y después de haberse dedicado á la pintura decorativa, concurreó desde 1888 á la Academia de Berlín, en donde fueron sus maestros Antonio Werner y Hugo Vogel. En 1893 obtuvo el premio de Roma por su cuadro de colosales dimensiones *Crucifixión de Cristo*. Desde 1892 ha figurado con excelentes retratos y cuadros de his-

toria en las grandes exposiciones de Berlín, Munich, Dresde, Dusseldorf, Hamburgo, París, Londres, etcétera. Sus lienzos de asuntos históricos están impregnados de un sentimiento profundamente religioso y filosófico y respiran una fe sincera y una sólida concepción del mundo. Entre sus más notables obras merecen citarse *Cristo descendiendo á los infiernos*, *Lucifer rebelándose contra Dios*, *Sermón de Jesús*, *Al Dios desconocido*, *Tránsito á la eternidad* y otras que han sido concienzudamente estudiadas por la crítica, que las ha colmado de elogios.

En 1896 dióse á conocer por vez primera como pintor monumental con su proyecto para decorar la escalera del palacio de Stretensee, en Anklam, que obtuvo el premio en un reñido concurso. Desde entonces ésta ha sido una de las especialidades que ha cultivado, y últimamente ha demostrado de nuevo cuán admirablemente concibe y ejecuta esta clase de obras, pintando *Los días de oro de la infancia*, en la que se aúnan la inspiración y el arte, la fantasía y la realidad, la perfección del dibujo y la frescura y la armonía del colorido.

La idea que le ha servido para trazar esa hermosa pintura la describe el mismo Fahrenkrog en los siguientes términos:

«Los días de oro de la infancia no han de verse en modo alguno turbados por la escuela; al contrario, el niño ha de sentir y ha de convencerse de que la escuela piensa y siente con él y comparte las alegrías de un corazón infantil puro, sonriente, sincero, tendiendo á la felicidad suprema de su alma que se regocija libremente, ajena á los convencionalismos que más tarde la oprimirán. El manantial de todos los goces puros de la niñez no hay que buscarlo en la estrecheces de las habitaciones en donde los pequeños se entregan á sus juegos ni tampoco en extravagancias de un modernismo exagerado, sino que hay que buscarlo en la fuente eterna de la existencia, fresca, borbollante, en la radiante primavera que invade todo nuestro ser con mil gérmenes de vida. Conviene, pues, que ante los ojos de los niños se ofrezca plásticamente expresada la primavera, no sólo la de la naturaleza, sino también la que se relaciona con la edad del hombre. Este es el pensamiento que me ha guiado al pintar esta obra.

»Montada en blanco caballo, llevando al lado la diosa de la Sabiduría, como símbolo de la escuela y rodeada de niños que saltan, ríen y juegan, cogen flores y tejen coronas, la Poesía, pulsando una lira de oro, hace su entrada triunfal en el mundo de las flores, del sol, de los cantos, precedida de la Inocencia llevando apoyada en el hombro la palma de la paz. En los distintos tipos infantiles están personificados los puros placeres del niño, el candor, la amistad, el amor, el canto, la música, el ensueño y el

anhelo. Formando contraste con este cuadro alegre, un grupo de tres malos geniecillos, que representan las malas pasiones de la niñez, luchan enfurecidos.»

Tal es la explicación de la hermosa escena. Fahrenkrog ha hecho, al pintarla, algo más que una obra artística; ha hecho una obra altamente moral y pedagógica, señalando de una parte los encantos de todo lo que es bondad, inocencia, cariño, y de otra todo lo que de repulsivo tienen aquellos tres geniecillos que bien pueden ser personificaciones de la Envidia, de la Ira y de la Soberbia.

El efecto de la pintura es delicioso, y esto se debe no sólo á la maestría con que están trazadas las figuras, á la habilidad con que los grupos están dispuestos y á la belleza del paisaje, sino también al am-



ESTUDIO PARA LA PINTURA
«LOS DÍAS DE ORO DE LA INFANCIA»

biente de serenidad, de placidez que en toda ella flota y que se comunica hasta lo más hondo del corazón de quien la contempla, despertando una emoción dulce, pero intensa y duradera.—N.



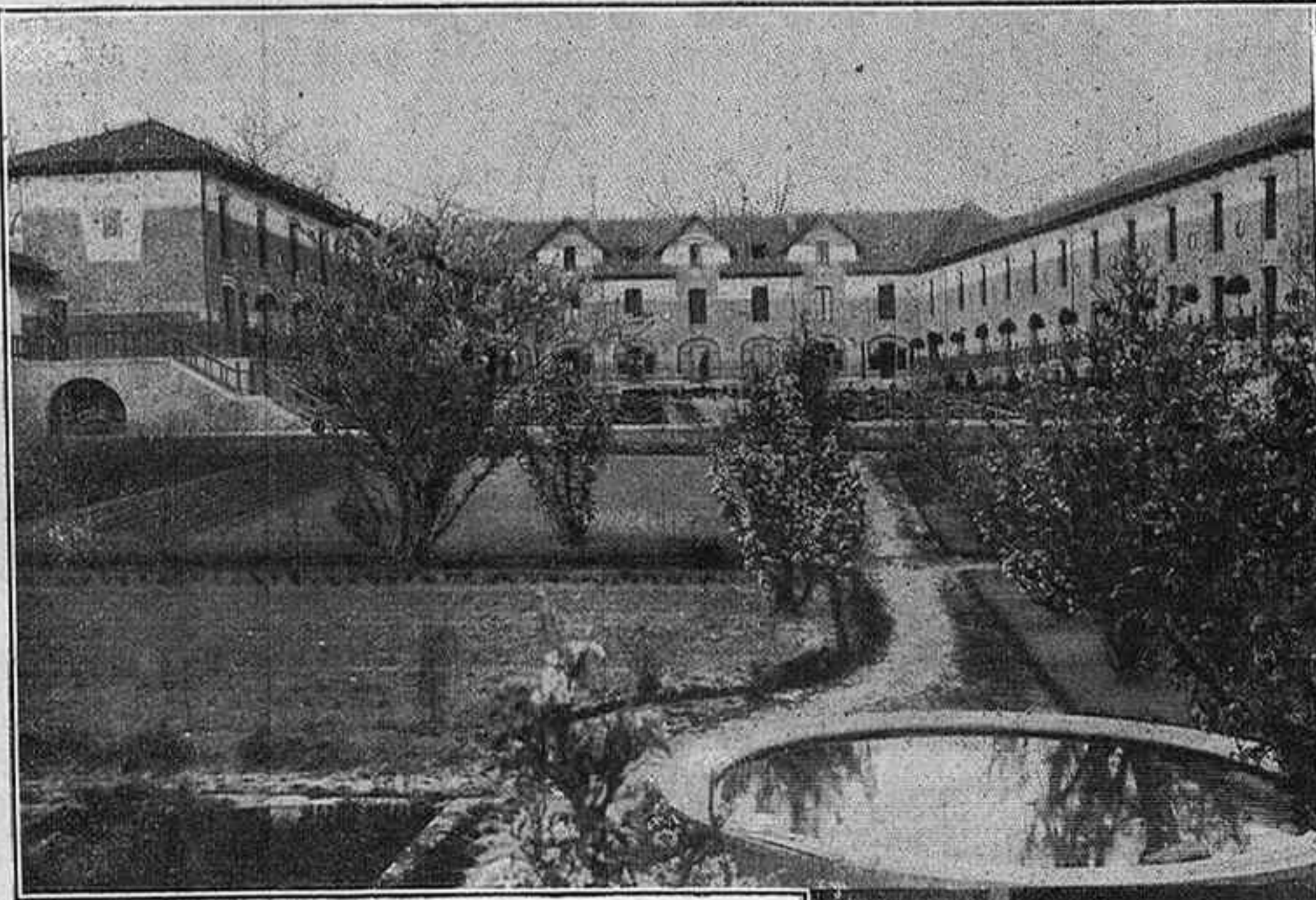
UNA AVENTURA DE GIL BLAS, cuadro de José Moreno Carbonero

«Volví los ojos hacia donde venía la voz, y vi al pie de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta que me pareció más larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme extráitamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos reales, los fui echando poco á poco y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna...» (*Gil Blas de Santillana*, tomo I, capítulo II.)

LA CASA DE LOS ACTORES

EN PONT-AUX-DAMES

Hace dos años, el entonces presidente del Consejo de Ministros de Francia M. Waldek-Rousseau presidió la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la Casa de los Actores; un año después, en medio de los campos en donde aquélla se celebrara, alzabase ya el hermoso edificio, alegre, amplio, ventoso, de aspecto pintoresco, rodeado de parques y



LA CASA DE LOS ACTORES, fundada en Pont-aux-Dames (Sena y Marne) por el actor Coquelin (el mayor).

jardines y dotado de todas las comodidades necesarias para que en vez de asilo sea una verdadera quinta de recreo; hace pocos días, el 27 de mayo último, el Presidente de la República M. Loubet ha inaugurado oficialmente ese refugio en donde podrán retirarse las actrices, y los actores que habiendo entregado, en el espacio de treinta años, 400 francos á la Sociedad de los Artistas dramáticos, hayan cumplido cincuenta y cinco y sesenta años respectivamente.

La Casa de los Actores ha sido fundada por el eminente actor Coquelin (el mayor), quien se ha consagrado por entero á esta interesante y filantrópica obra, secundado por cuantas notabilidades artísticas han desfilado por los teatros de París y por las más ilustres personalidades del mundo de las artes, de las letras, de la industria, de la política, de la prensa, de la banca y, en suma, por toda la alta sociedad parisiense. Tiempo hacía que Coquelin soñaba con este grandioso proyecto; pero las dificultades que se oponían á su realización eran grandes. Sin embargo, todos los obstáculos fueron vencidos, gracias á los poderosos esfuerzos de voluntad del genial actor.

Una de las primeras dificultades que se presentaban era encontrar un terreno á propósito para instalar la casa-retiro, que debía estar cerca de París y al mismo tiempo en plena campiña, en sitio sano y despejado. La casualidad hizo que M. Bouyer, á quien Coquelin confiara aquel encargo, encontrara la hermosa finca de Pont-aux-Dames (á diez leguas y media de la capital) que fué inmediatamente adqui-

rida. En seguida comenzaron los trabajos según los planos y bajo la dirección del arquitecto M. Binet; y hoy la Casa de los Actores alberga ya á veinticinco pensionistas.

El fundador de la Casa de Actores ha tenido la feliz idea de colocar en un patio interior una serie de medallones de loza, formando friso, con los bustos en relieve de los más ilustres artistas dramáticos y líricos del teatro francés del siglo XIX: entre ellos figuran Bocage, María Dorval, Bonffé, Mme. Falcón, Melingue, Dejazet, la Rachel, y al lado de ellos, muertos todos, hay los de dos artistas vivos, el baritono Faure y Adelina Patti.

No falta en el establecimiento nada de cuanto puede hacer agradable la estancia en él de los asilados, llamémosles así aunque ya hemos dicho que en nada se parece aquello á un asilo, en el sentido que comúnmente se da á esta palabra. Todo en esa casa es alegre, risueño; todo está bañado por el sol y por el aire; todo respira

los Artistas dramáticos por valor de dos millones de francos; adquiriendo por 15.000 francos de ejemplares de la hermosa poesía de Edmundo Rostand *Le*

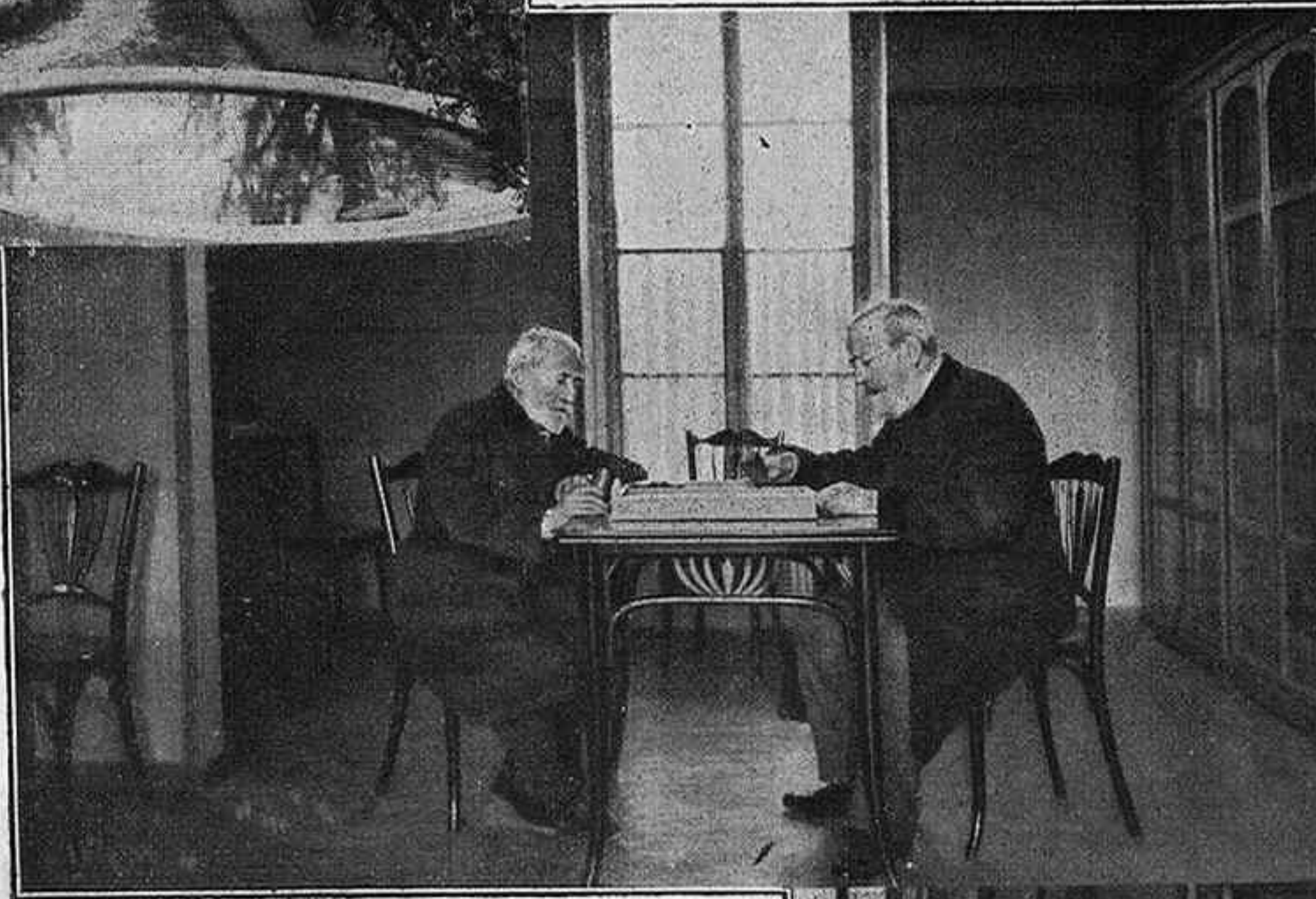


El eminente actor COQUELIN (el mayor) fundador de la Casa de los Actores de Pont-aux-Dames

Verge de Coquelin, dedicada á tan hermosa fundación, y llenando el Trocadero el día del concierto á favor de la misma, concierto que produjo 75.000 francos. El resultado de todas estas generosidades ha sido que en la actualidad veinticinco actores, mientras esperan treinta y cinco más, se han instalado en el delicioso asilo de Pont-aux-Dames.

»Entre estos veinticinco primeros pensionistas privilegiados, los hay que fueron reinas, princesas, héroes, emperadores, potentados que nunca habían visto tanto lujo más que pintado en las decoraciones y que jamás habían podido esperar para sus días de ancianidad un refugio tan confortable.»

Coquelin se propone erigir en el centro del jardín la estatua del gran Molière, obra de Melingue, cuyo modelo se conserva en el salón del Comité de la Comedia Francesa.



Víctor Jay, del Athénée Comique, jugando al chaquete con Melenier, del Teatro Francés, en la Casa de los Actores.



Dos pensionistas de la Casa de los Actores jugando á los naipes.

frescura y felicidad. Cada cual tiene su cuarto especial, decorado sencillamente, pero con elegancia, con iluminación y timbres eléctricos; se levanta á la hora que quiere, almuerza (en el comedor no hay mesa redonda, sino que la comida se sirve en mesitas sueltas); por la tarde pasea por el parque ó por el campo, porque es libre de salir cuando le dé la gana, sin más obligación que estar de regreso á la hora de comer; come, y por la noche los pensionados se reúnen en las salas de juego y se entretienen jugando á los naipes, al dominó, á la lotería ó conversando unos con otros, leyendo ó haciendo música.

Hay en la Casa salas de baños, de billar y de biblioteca; en una palabra, todo lo necesario para asegurar una vejez tranquila y placentera á los que después de tantos años de trabajo ímprobo tienen derecho al reposo, tanto más cuanto que los artistas dramáticos y líricos se prodigan como ningún otro siempre que se trata de socorrer necesidades ó de hacer menos terribles las consecuencias de calamidades públicas, poniendo desinteresadamente su labor al servicio de toda obra benéfica. «Así lo ha reconocido el gran público, ha escrito un notable escritor parisiense al ocuparse de la inauguración de la Casa de los Actores, y ha manifestado públicamente su gratitud comprando, en el espacio de tres meses, billetes de la lotería de

La Casa de los Actores está embellecida por varias obras de arte notables. En el gran salón se halla el retrato de Talma que adornaba el propio cuarto de este artista en su casa de la calle de Brunoy y que le representa de pie, vestido con una bata, desabrochado el cuello y estudiando junto al busto de Lekain, uno de sus papeles favoritos. Esta pintura, obra de Vignerón, fué adquirida por Victoriano Sardou y regalada á Coquelin. Hay además retratos de Coquelin (el menor) pintados á la acuarela por Saintin; otro de Mlle. George, otro de Bocage y otro de Tailade.

El fundador de la Casa de Actores no piensa dormirse sobre sus laureles, tan bien ganados, sino que se propone aumentar el número de los acogidos, y es seguro que logrará su propósito con la cooperación de todos los filántropos y personas caritativas que se acuerdan del placer que les han hecho experimentar las gentes de teatro. Lo concedido hasta ahora permite esperar que la obra irá creciendo y que antes de poco albergará la Casa de los Actores á todos los inválidos del teatro, contentos de aquella vida modesta y tranquila, y más felices, puesto que se trata de una felicidad real y positiva, que en los días de su existencia agitada, en que cubiertos de galas interpretaban los personajes de las grandes creaciones de la comedia, del drama, de la tragedia ó de la ópera.—X.



Uno de los pensionistas jugando al dominó con el director del establecimiento M. Bouyer



GUERRA RUSO-JAPONESA. — OFICIALES RUSOS INTERROGANDO Á UN PRISIONERO JAPONÉS. (De fotografía de J. D. Hejk.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El choque durante tanto tiempo esperado entre las escuadras rusa y japonesa se ha realizado, con resultados desastrosos para la primera. En el momento en que escribimos la presente crónica, no se tienen detalles del combate naval, y las noticias telegráficas que acerca de él se van recibiendo sólo permiten formarse una idea general del mismo y conocer sus consecuencias. Estas noticias proceden de Tokio y tienen carácter oficial, y tales como las publican los periódicos las reproduciremos.

En la mañana del 27 la escuadra rusa mandada por Rojestvensky penetró en el estrecho de Corea y apenas los barcos japoneses la divisaron, rompieron el fuego contra la misma. El cañoneo duró todo el día y al anochecer comenzaron á funcionar los torpederos, que no cesaron de atacar al enemigo hasta el amanecer del domingo. Reanudóse entonces el combate entre ambas escuadras y al llegar la noche volvieron los torpederos á entrar en acción hasta la madrugada del lunes, en que los pocos buques rusos que habían podido salvarse ganaron el mar del Japón, dirigiéndose á Vladivostok, activamente perseguidos por los cruceros japoneses. Las pérdidas que en aquellas jornadas tuvo la escuadra de Rojestvensky fueron los acorazados *Borodino* y *Emperador Alejandro III*, los cruceros acorazados *Almirante Nakhimoff*, *Dimitri Donskoi* y *Vladimiro Monomach*, y los cruceros protegidos *Svietlana* y *Jemthing*, echados á pique, y apresados los acorazados *Orel* y *Nicolás I* y los guardacostas *Almirante Seniavine* y *Almirante Apraxine*.

Posteriormente han debido ser destruídos muchos más, puesto que telegramas oficiales de Tokio dicen haber sido echados á pique todos los acorazados (excepto los dos capturados que antes mencionamos) y hechos prisioneros los almirantes Rojestvensky, Nebogatoff y Folkersam. De Rojestvensky se ha dicho que había sido gravemente herido por un casco de granada, y algunos corresponsales han afirmado que había muerto.

De San Petersburgo nada se ha comunicado acerca de los resultados del combate, y esta es la mejor prueba de que los informes japoneses son exactos, ya que si hubiera en ellos alguna exageración el gobierno ruso se habría apresurado á rectificarlos. La única noticia de aquella procedencia es la que dice que han entrado en Vladivostok el crucero *Almaz*, el buque hospital *Orel* y un torpedero.

Puede, pues, darse por completamente aniquilada la tercera escuadra del Pacífico, en la que tantas esperanzas tenían puestas los rusos.

En cuanto á las pérdidas de los japoneses, el almirante Togo dice que son insignificantes; pero esta afirmación (según lo que por insignificantes se entiende) resulta increíble y es de suponer que vendrá atenuada por informes posteriores.

Las consecuencias de este nuevo desastre han de ser tremendas para la causa de Rusia, tanto más cuanto que en el ánimo de todo el mundo estaba que el combate naval entre las fuerzas de Togo y las de Rojestvensky había de influir de una manera de-

cisiva en el curso ulterior de la guerra. Los japoneses continúan siendo dueños absolutos del mar, y teniendo de este modo aseguradas las comunicaciones entre el Japón y el continente, podrán sus ejércitos de tierra proseguir su avance sin tener que preocuparse de lo que detrás de ellos dejan y sin temor á ningún peligro por aquella parte.

Con ser inmensas las pérdidas materiales sufridas en el estrecho de Corea por los rusos, mayores son quizás las consecuencias que en el orden moral ha de traer consigo para ellos la derrota. Pocos días antes de la batalla, el corresponsal de un diario de San Petersburgo en la Mandchuria escribía que la noticia de la aproximación de Rojestvensky había



El almirante ruso BIRILEFF, que ha sido nombrado comandante en jefe de las fuerzas navales del Pacífico. (De fotografía.)

despertado gran entusiasmo en el ejército, y que la llegada á los mares de la China de aquella escuadra que tantas dificultades había tenido que vencer hacía esperar en un cambio favorable á las armas rusas. Considérese, pues, el efecto que el aniquilamiento total de aquella flota habrá producido en las fuerzas de tierra, que desde que comenzó la campaña no han podido resistir ninguno de los avances sucesivos de los japoneses.

En cambio, ¡cuánto ánimo no han de dar á éstos sus continuas victorias, coronadas por la obtenida ahora por el almirante Togo!

Y no digamos lo que este nuevo desastre puede influir en la marcha de la política interior de Rusia, en donde las ideas revolucionarias tienen cada día más prosélitos y la continuación de la guerra más adversarios cada día. Este espíritu de protesta, que se ha manifestado ya recientemente por varios chis-

pazos y que hasta ahora ha podido ser sofocado mediante sangrientas represiones, puede fácilmente generalizarse en vista de los resultados funestos del régimen allí imperante; el autocratismo, como todos los sistemas absolutos, se sostienen mientras la gloria les acompaña, mientras la victoria corona sus brillantes empresas, mientras se conserva incólume el prestigio militar que le rodea, es decir, mientras subsiste la fuerza material en que se apoya. Hoy todos estos elementos han desaparecido ó están á punto de desaparecer: la gloria se ha desvanecido, á la victoria ha sucedido la derrota, los prestigios militares han quedado quebrantados en la Mandchuria y en el mar del Japón, y la fuerza material que parecía gigantesca ha sido vencida por un pueblo joven, calificado de semisalvaje, de quien nadie hasta ahora hiciera caso y que, sin embargo, no vaciló en emprender la lucha contra el coloso á quien todos temían y respetaban.

El gobierno ruso seguramente querrá proseguir la guerra á todo trance, pues sería para él humillación sin igual ceder al enemigo á quien tanto ha menospreciado; pero ¿consentirá la nación en nuevos sacrificios cuando los hechos hasta ahora han resultado estériles? Por otra parte, estimarán las grandes potencias llegada la hora de intervenir en esta contienda y de imponer la paz á los beligerantes, satisfechos ya de haber quebrantado tan gravemente el poder moscovita y no considerando conveniente á sus intereses dar más alas al que Guillermo II ha denominado con razón «el peligro amarillo?» Preguntas son estas hoy por hoy difíciles de contestar; pero quizás antes de poco se despejen todas estas incógnitas y se llegue al restablecimiento de la paz..., sin perjuicio de que queden sobrados cabos sueltos que en un porvenir más ó menos próximo sean causa de nuevas guerras.

Al lado del último combate naval, las operaciones de la Mandchuria tienen muy poca importancia. La actividad que hace algunos días se había notado en ambos ejércitos y que hicieron considerar inminente una nueva gran batalla, ha cesado, y apenas si el estado de guerra se manifiesta allí por otras cosas que por escaramuzas entre las avanzadas. De todas estas operaciones la más interesante ha sido la correría realizada por un cuerpo de caballería al mando del general Mitchenko: el 18 de mayo estas fuerzas, después de haber pasado el río Liao, llegaron á la carretera de Fakumen, en el flanco izquierdo japonés, se apoderaron de un depósito de efectos y destruyeron el telégrafo, derrotando y dispersando á numerosas partidas de kunguses; el 19 prosiguieron su movimiento de avance y atacaron un fuerte destacamento japonés, aniquilando dos compañías, haciendo prisionera otra y apoderándose de dos cañones revólvers; y después de haber dispersado un numeroso convoy y causado algunos daños en el telégrafo, regresaron á su campamento.

El almirante ruso Birileff ha sido nombrado comandante en jefe de la escuadra del Pacífico y en breve se trasladará á Vladivostok. Este nombramiento, sin embargo, resulta al presente inútil después del desastre de la flota de Rojestvensky.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. -- EL GENERAL RUSO DANILOFF ESPERANDO LAS AVANZADAS DE LAS COLUMNAS JAPONESAS EN LAS TRINCHERAS CONSTRUÍDAS Á DIEZ KILÓMETROS DEL DESFILADERO DE TIELING DESPUÉS DE LA BATALLA DE MUKDEN. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. -- LLEGADA Á GUNTCHULIN DE LOS CAÑONES RUSOS SALVADOS EN LA BATALLA DE MUKDEN. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. -- SOLDADOS EUROPEOS DEL 4.º CUERPO RUSO REVISTADOS EN GUNTCHULIN. (De fotografía.)



El capitán BUCHVOSTOFF, del *Alejandro III*



El capitán YEGORIEFF, del *Aurora*



El capitán TSCHAGIN, del *Almaz*



El capitán BAER, del *Ostiablia*



El capitán SEREBRIAKOFF, del *Borodino*



El capitán IGNATIUS, del *Knias Suworof*



El capitán FERSEN, del *Izumrud*



El capitán BRUSILOFF, del *Gromoboi*



El general KAZBECK

GUERRA RUSO-JAPONESA.—Comandantes de los principales buques de la escuadra rusa de Rojestvensky, gobernador de Vladivostok y comandante del buque «Gromoboi» de la división de Vladivostok. (De fotografía.)

D. FRANCISCO SILVELA

Ha sido uno de los hombres que más han influido en los destinos de la nación española en estos últimos tiempos; y mayor aún habría sido su influencia, si á su vasto talento hubiese correspondido una voluntad firme y sostenida. Dotado de privilegiada inteligencia, guiado por rectos principios, animado de nobles aspiraciones, supo como pocos de nuestros estadistas estudiar y comprender los más complejos problemas de la gobernación del Estado y apreciar los males que á España afligen, y concebir las mejores soluciones de aquellos problemas y los remedios más á propósito para curar estos males. Pero cuando llegaba el momento de aplicar dichas soluciones y remedios, la voluntad flaqueaba ante las dificultades que habían de vencerse.

Y hasta tal punto llegó en él esa flaqueza de ánimo, quizás hija más bien de la modestia que de la falta de valor, que cuando se hallaba en el apogeo de su carrera política, cuando contaba con una hueste numerosa é incondicionalmente adicta, cuando como jefe del partido conservador veía cifradas en él tantas esperanzas y contaba con la confianza ilimitada de valiosísimos elementos, se retiró de la vida pública para consagrarse á su bufete, uno de los mejores de la corte, y á los estudios filosóficos y literarios por los cuales había sentido siempre gran predilección.

Y sin embargo, hubo un momento en su historia en que su voluntad fué enérgica; en que no le arredró la lucha con el que fué árbitro de los destinos de España y en las filas de cuyo partido militaba el Sr. Silvela. Su separación ruidosa de Cánovas, es uno de los rasgos de independencia de carácter y de valor moral que menos suelen verse en los políticos: aquel acto le valió, al morir aquel ilustre estadista, la jefatura del partido conservador, jefatura que poco después había de abandonar espontáneamente.

La personalidad del Sr. Silvela ha sido de todos modos una de las más salientes en la política española contemporánea, y en muchas cosas su modo de pensar y aun de obrar podrá ser señalado como modelo á los que pretendan regir el gobierno de nuestra patria.

Nació en Madrid en 15 de diciembre de 1843 y después de haber cursado Derecho, ganó á los veinte años por oposición la plaza de auxiliar del Consejo de Estado, que abandonó en 1869 para dedicarse al foro, á la política y á la literatura. Fué diputado aquel mismo año en las Constituyentes y logró muy pronto grandes éxitos parlamentarios. En el primer ministerio que se constituyó después de la proclamación de Alfonso XII, confiósele la subsecretaría del Ministerio de Gobernación, y en 1879 desempeñó esta cartera en el gabinete de Martínez Campos. En 1883 fué ministro de Gracia y Justicia con Cánovas y en 1890, también con Cánovas, volvió á encargarse de la cartera de Gobernación, que dimitió en 1891. Desde entonces, aun sin dejar de pertenecer al partido conservador, se mantuvo dentro de éste en una actitud independiente, capitaneando un grupo de disidentes. En 1900 fué presidente del Consejo de Ministros, y bien puede afirmarse que se encontró entonces en una situación excepcional y en condiciones como pocas favorables para realizar ó á lo menos sentar las sólidas bases de lo que se llamó la regeneración en nuestra patria. Algo hizo en este sentido, sobre todo en materias de hacienda; pero más hubiera podido hacer si, como antes decimos, á sus dotes intelectuales hubiesen correspondido las energías de su voluntad.

Ha muerto completamente apartado de la política activa, aunque no sin influir más ó menos indirectamente en ella desde su retiro y sin que sus consejos y hasta su apoyo moral fuesen solicitados por los que en la dirección del partido conservador le sucedieron.

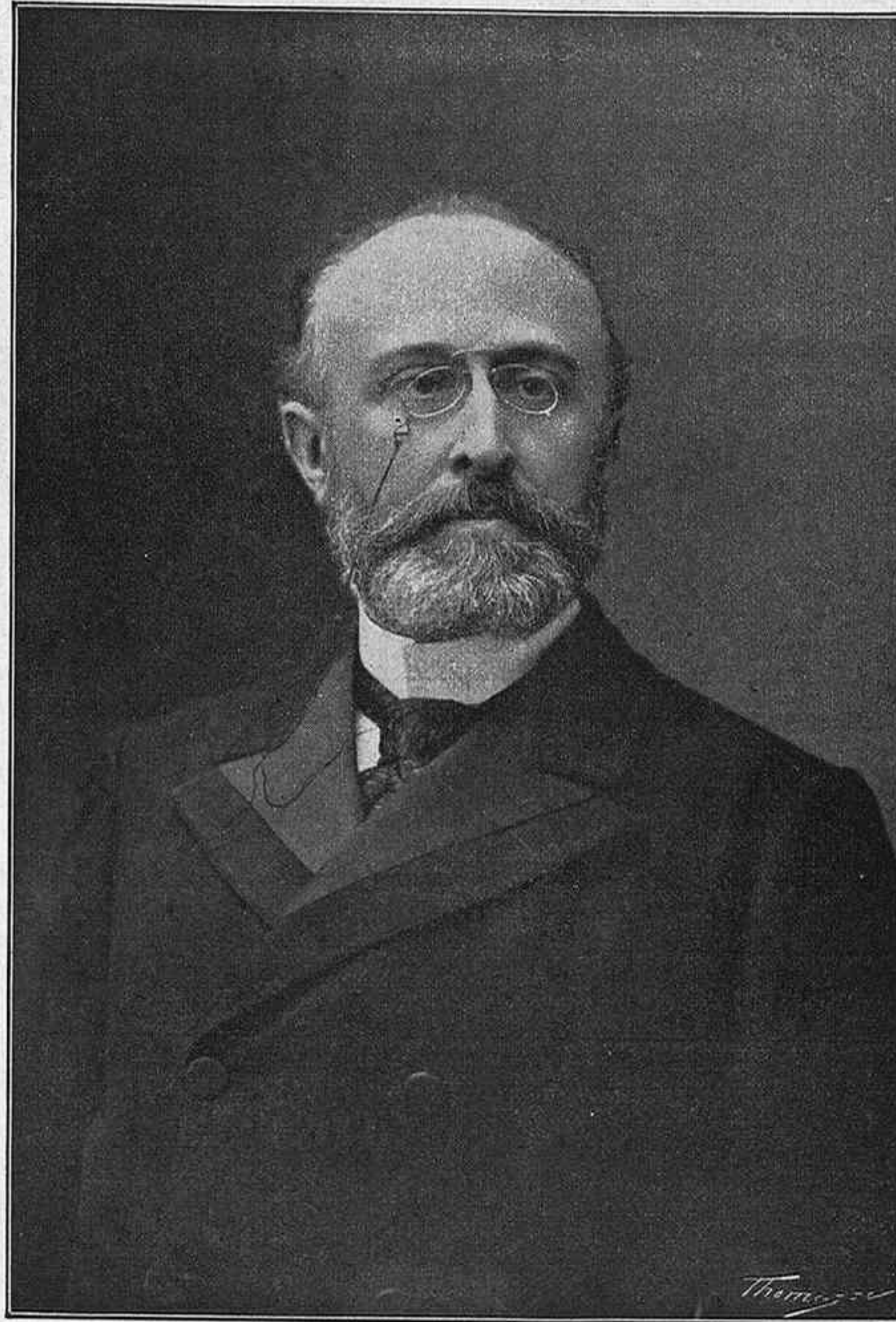
Como literato y filósofo ha dejado D. Francisco Silvela unido su nombre á obras tan importantes como *El mal gusto de la literatura en el siglo XVII*, *Los neocultos* y *Cartas de Sor María de Agreda y del rey Felipe IV*.

Ultimamente había dado en el Ateneo de Madrid una serie de notables conferencias sobre la *Historia de la Ética en España*.

Era el Sr. Silvela miembro de las academias de la Lengua, Jurisprudencia, Historia, Bellas Artes y

Ciencias Morales y Políticas y caballero del Toisón de Oro, y poseía gran número de condecoraciones nacionales y extranjeras.

Su muerte ha sido hondamente sentida, no sólo



EXCMO. SR. D. FRANCISCO SILVELA, fallecido en Madrid en 29 de mayo último. (De fotografía.)

por sus amigos, sino también por sus adversarios políticos, pues su afabilidad, su cortesía y su cultura le habían conquistado universales simpatías. ¡Descanse en paz!—S.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—Barcelona.—La Asociación Musical de Barcelona ha dado en el teatro de Novedades tres notables conciertos. En ellos se han ejecutado el *Concierto en Re mayor*, de Haendel y el *Aria de la 3.ª Suite* y el *Aria en Mi mayor*, de Bach, para orquesta de cuerda; la *Sinfonía concertante*, de Mozart, para violín, viola y orquesta; la *Sinfonía en Re*, de Haydn, y el *Minuetto de la ópera «Ifigenia en Aulida»*, de Gluck, para orquesta; el *Aria de Idomeneo*, de Mozart, y el *Aria «Ah, perfido!»*, de Beethoven, para soprano y orquesta, que cantaron respectivamente las señoritas Soler y Correa. Todas estas piezas tuvieron una ejecución muy acertada, sobre todo el concierto de Haendel, que hubo de ser repetido. Pero las obras que más grandiosa impresión causaron fueron el oratorio de Beethoven *Jesús en el Monte Olivete*, y las cantatas *Wachtet auf y Jesu der du meine Seele*, de Bach, las tres ejecutadas admirablemente por el cuarteto de solistas señoritas Soler y Correa y Sres. Bosch y Segura, y por las secciones coral y orquestal de la Asociación. En los tres conciertos, las ovaciones han sido entusiastas, correspondiendo una buena parte de ellas al maestro Sr. Lamothe de Grignón, alma de la Asociación Musical y de cuyo talento y perseverancia puede fundadamente esperarse que logrará poner esta institución á la altura de las mejores similares: lo mucho que ha hecho hasta ahora es prenda segura de que no tardará en completar y perfeccionar su obra. Los amantes de la buena música deben agradecerle á la Asociación Musical de Barcelona por sus brillantes campañas artísticas, de las que hemos ido dando cuenta en LA ILUSTRACIÓN, y sobre todo por haber dado á conocer en Barcelona obras de tanto empuje y tan hermosas como las tres citadas de Beethoven y Bach.

— En el propio teatro de Novedades ha dado dos conciertos el «Orfeo Catalá.» Ejecutáronse en el primero, entre otras piezas, el motete de Bach *Komm Jesu Komm*, á ocho voces; el *Stabat Mater*, de Palestrina; *La mort del escolá, Teresa y Captant*, de Nicolau; *Las flors de maig*, de Clavé; *Negra sombra*, de Montes; *Cansó de noys*, de Grieg, y *Montanyas regaladas*, de Sancho Marraco. En el segundo se repitieron el motete de Bach; el *Stabat Mater*, de Palestrina, y *Captant*, de Nicolau, y se cantaron varias de las composiciones de los Sres. Lambert, Civil, Cogul y Mas y Serracant, y de la señorita Freixas, premiadas en la «Fiesta de la Música Catalana,» de que luego hablaremos. Tratándose del Orfeo, creemos inútil elogiar la maestría con que todas las composiciones fueron ejecutadas y que ya es tradicional en esta institución; únicamente diremos que cada pieza valió una ovación á los coros y al maestro Millet, que tan admirablemente los dirige.

— La «Fiesta de la Música Catalana,» organizada por el Orfeo Catalá, se celebró también en el teatro de Novedades y á ella asistieron en corporación el Ayuntamiento y la Diputación Provincial. Los premios se otorgaron en la forma siguiente: primer accésit al primer premio (que no se adjudicó) á D. Juan B. Lambert, por *La cansó de la bandera*; premio del Cardenal Casanyas á D. Domingo Mas y Serracant, por una *Misa* polifónica á cuatro voces; premio del «Centre Excursionista de Catalunya» á D. Joaquín Pecamins, por una colección de melodías populares; premio del Ateneo Barcelonés, á D. Valerio Serra y Boldú, por una colección de canciones populares; premio de la «Lliga Regionalista,» á D. José Civil y Castellvi, por una colección de melodías para canto y piano; premio del Dr. D. Federico Vinyas á D. José Civil, por una colección de cantos escolares; premio de don Juan Millet, al profesor del Orfeo D. Francisco Pujol, por una colección de composiciones desconocidas de maestros anteriores al siglo XVIII; y premio de la sección coral del Orfeo á D. Juan B. Lambert, por una colección de canciones armonizadas á coro mixto.

Obtuvieron accésit los Sres. Alfonso, Sancho Marraco, Arezo, Cogul y Lambert, y menciones honoríficas la señorita Freixas y los Sres. Molgosa y Argelada.

Las tres secciones del Orfeo cantaron magistralmente algunas de las obras premiadas, que fueron aplaudidas con gran entusiasmo.

Comenzó la fiesta, que resultó hermosa bajo todos conceptos y de la cual fué proclamada reina la bella señorita D.ª Eulalia Lambert, con un elocuente discurso del Presidente del Jurado, el eminente músico D. Felipe Pedrell, al que siguió la lectura de una interesante memoria de D. Luis Millet, haciendo estudio concienzudo de las composiciones premiadas. Terminada la distribución de premios, el Presidente del Orfeo D. Joaquín Cabot pronunció un sentido discurso de gracias.

Espectáculos.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *La variation*, comedia en cuatro actos de Pedro Souldine, y *L'agrafe*, comedia en un acto de Grenet-Dancourt y Destrem; en el teatro de la Porte Saint-Martin *Pauvre fille*, drama de Gerardo Hauptmann, adaptado á la escena francesa, por Juan Thorel; y en el teatro Italiano *Zaza*, comedia lírica en cuatro actos, tomada de la comedia lírica de P. Bertón y C. Simón, letra y música de Leoncavallo.

Necrología.—Han fallecido:

Marcelo Schwob, poeta francés, del grupo de los simbolistas.

Víctor Weishaupt, pintor alemán, profesor de la Academia de Artes plásticas de Carlsruhe.

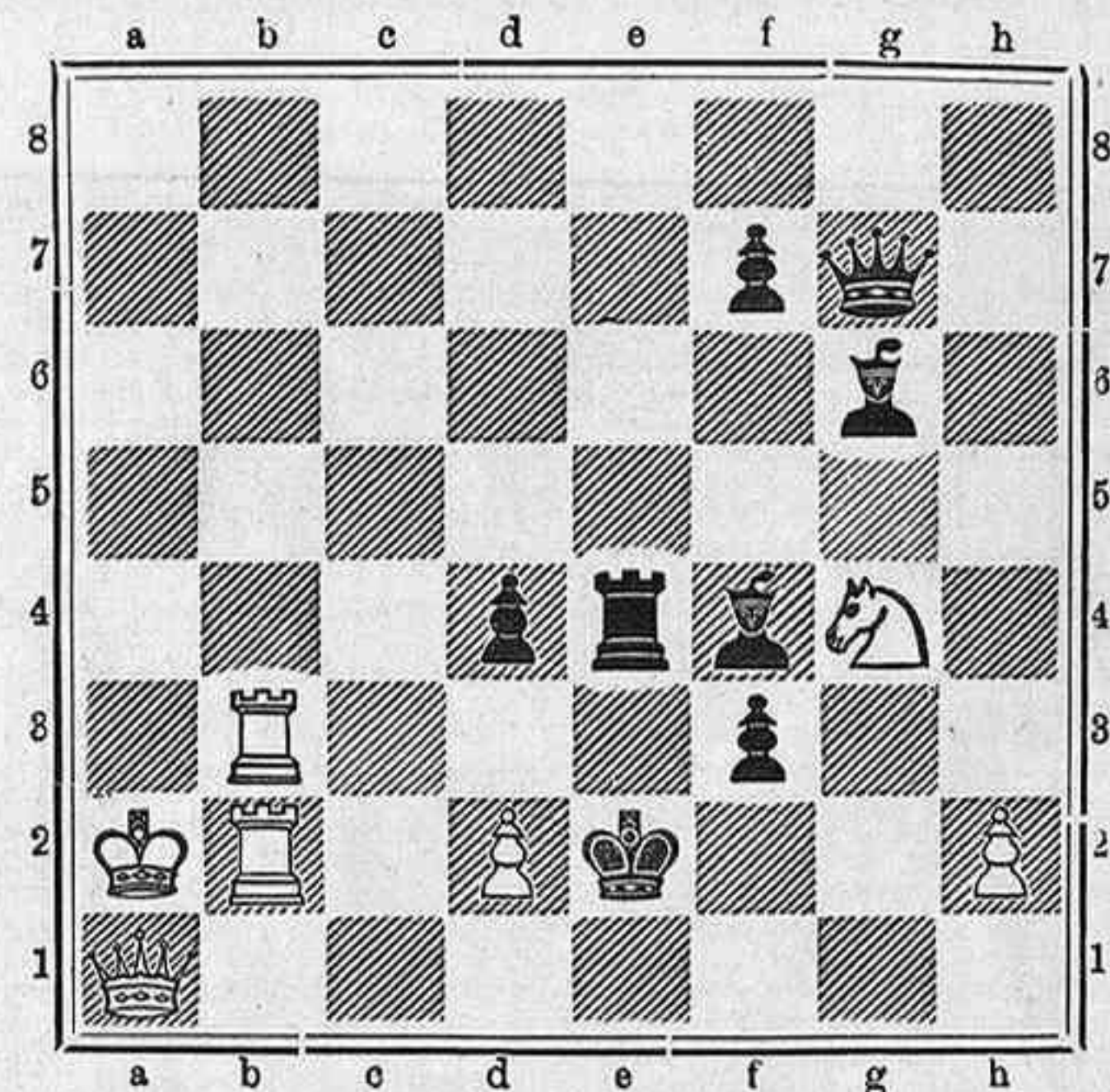
Lewis Wallace, político y escritor norteamericano, autor de varios libros, entre los cuales merece citarse en primer término *Ben Hur*, que es indudablemente la obra más leída en la América del Norte.

BOUQUET FARNESE, VIOLET, 29, B^{da} des Italiens.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 388, POR J. VAN DIJK.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 387, POR E. KRIEGER.

- | | |
|-----------------|---------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rh2-g1 | 1. f5-f4 |
| 2. Ag6-c2 | 2. Cualquiera |
| 3. Da3xa4 jaque | 3. Ra5xa4 |
| 4. Tc6-a6 mate. | |

VARIANTES

- I.... Cg7-h5 ó e8; 2. Ag6-e8, Ch5 juega; 3. Da3xa4jaq., etc. Cb3 juega; 3. Da3xc5jaq., etc.
I.... Cg7xe6; 2. Tc6xe6, f5-f4; 3. Ag6-e8, etc. Cb3-d4; 3. Da3xc5jaq., etc.
I.... Cb3-d4; 2. Da3xc5jaq., etc.



Mientras Alberto andaba por las calles engañando con una marcha forzada...

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Mientras Alberto andaba por las calles engañando con una marcha forzada la agitación violenta que le había producido aquel breve coloquio, Gabriela, con las manos cruzadas en el bastidor, se preguntaba cuándo tendría valor para pronunciar cierta frase que había tenido en los labios y que el librepensador había leído en ellos de un modo bastante claro para ver con terror la amenaza que entrañaba. La muerte había libertado á la divorciada del antiguo lazo y podía ser la esposa de Alberto ante Dios, casarse con él religiosamente.

El obstáculo insuperable había desaparecido. ¿Era posible que el padre de Juana, que había permitido que su hija se educase católicamente, negase á la madre el matrimonio eclesiástico, consagración suprema de su hogar? Gabriela se contestaba á sí misma que no, pero el temor le oprimía el corazón. ¿Qué iba á ser de ella si rehusaba?..

La sensación, común á los dos, de que una de las bases esenciales de su vida se había modificado por la muerte del primer marido, suspendió por unos días la discusión que ambos consideraban inevitable sobre el matrimonio religioso.

Ese aplazamiento no procedía en uno y en otro de la misma causa. Alberto no podía provocar una conversación que suponía que aquel suceso había modificado sus relaciones con su mujer, lo que su orgullo no podía admitir. Para él Gabriela había sido su mujer viviendo Chambault y seguía siéndolo después de muerto. No era la viudez lo que la había hecho libre, sino el divorcio. Gabriela, por el contrario, acababa de ser libre á sus propios ojos por la viudez y había salido de aquel equívoco del divorcio que tanto le había hecho sufrir en los últimos meses. ¿Salido?.. No por completo, puesto que su matrimonio con Alberto era sólo civil, y nulo para su conciencia actual.

tal analogía tratándose de él, y la perspectiva de la resolución que tendría que tomar si Alberto no quería regularizar su unión la llenaba de espanto.

Durante la semana que transcurrió entre la partida y la vuelta de su hijo, todas las mañanas dejó para la noche y todas las noches para el día siguiente aquella batalla decisiva, excusándose su debilidad por las dificultades con aquel hijo, suspendidas por su viaje á Villefranche. Luciano le había anunciado su visita en cuanto volviera, y Gabriela esperaba que en aquel momento renovaría la demanda de un permiso que ya dependía de ella sola. Tenía tal costumbre, desde hacía tantos años, de buscar siempre el apoyo de Alberto en las circunstancias importantes, que la idea de afrontar esa lucha sin estar enteramente de acuerdo con él, la desconcertaba de antemano.

Era, pues, preferible que aquel asunto de su oposición legal al matrimonio de Luciano estuviese arreglado antes de la explicación decisiva. La madre estaba además muy alarmada por el cambio que había observado, respecto de este asunto, en Darrás desde su visita á la calle de Francisco I y de su entrevista con Berta Planat. Era evidente que se libraba en su interior una lucha, y de ello tuvo Gabriela una segunda prueba al día siguiente de haber recibido la esquila mortuoria que había provocado aquella conversación, prólogo de otra más grave. En efecto, habiendo preguntado á su esposo si convendría llamar al notario para tomar las medidas necesarias, puesto que la muerte del padre había anulado su autorización, Alberto le contestó:

—¿Para qué molestar á Luciano?.. Espera su visita y obrarás en consecuencia. No puede hacer nada sin ti, y vale más, por ti misma, que no crees nuevos incidentes. Tenemos delante de nosotros dos años cumplidos antes de que pueda casarse sin tu permiso...

—¿Dos años?.. ¿Pero cómo se pasarán esos dos años? Luciano tiene ahora una fortuna y esa mujer no soltará su presa.

—Así lo hubiera yo pensado antes de conocer á Berta Planat, pero la justicia me impide creer sin pruebas indiscutibles que sea falsa é interesada. Te lo he dicho; su actitud, su mirada, su voz, sus palabras, todo me asombró en ella. Hay que tener valor para reformar nuestros juicios, si nos hemos engañado, aunque esto nos humille. ¿Estamos en ese caso? Pronto sabremos exactamente á qué atenernos... Esa mujer tiene una gran influencia sobre Luciano... Veremos cómo la emplea. He hablado con ella, y si Luciano le había ocultado nuestras intenciones, ya está enterada, y si hay en ella un poco de nobleza, tendrá á honor el no dejar que dure el disentimiento que ha alejado de ti á Luciano. La fortuna de que hablas tendrá, al menos, la ventaja de que Luciano pueda establecerse solo, sin que esto constituya una ruptura con nosotros.

—¿No esperas, entonces, que vuelva? ¡Parecías tan convencido y me lo habías prometido con tal seguridad!..

—Estaba entonces seguro, pero ahora lo estoy menos, por una razón que debe más bien tranquilizarte. He creído que volvería mientras estuve persuadido de la indignidad de esa mujer... Pero ¿y si las averiguaciones no dan resultado? ¿Y si, en efecto, no hay nada en su pasado? Te aseguro que empiezo á creerlo...

Unos días después dijo Alberto á su mujer:

—He tenido noticias del ministerio. Los testimonios recogidos en Clermont son unánimes. Berta Planat no ha dado, durante sus estudios, más que ejemplos de trabajo y de buen comportamiento. Su historia en París ha sido abultada con rabia por los pocos estudiantes y profesores clericales de la Universidad, precisamente porque esa joven había sido irreprochable durante su preparación para los exámenes. Éstos fueron brillantísimos, y se conocían sus ideas y las de un tío suyo que la ha educado y que es uno de los jefes socialistas de la población. Faltan los informes sobre su vida en el barrio latino... Si no se encuentra tampoco nada por ese lado, fuera de las relaciones que ella confiesa, mi conciencia me obligará á reconocer que Luciano tenía razón.

—Tú no me aconsejarás, sin embargo, que consienta ese matrimonio...

—Te aconsejaré que hables á tu hijo con toda franqueza, como lo hicimos la primera vez. Yo también le diré mis dudas actuales, cómo me han ocurrido y por qué motivos he pensado primero de un modo y luego de otro. Entonces tendremos derecho á pedirle que tenga paciencia esos dos años y estaremos seguros de no haber cometido una injusticia. Desde mi conversación con ella tengo ese miedo, que me es muy penoso...

De este modo, Gabriela estaba expuesta á tener que luchar contra Alberto al luchar contra Luciano á propósito de aquella mujer.

Su aversión de madre respecto de la seductora era más intransigente por lo mismo que se encontraba ella también en una situación incorrecta de esposa. En un momento de loca exaltación pudo asimilar su situación de esposa divorciada y vuelta á casar civilmente, con la situación irregular de la desdichada novia de su hijo; pero en realidad todo su ser se sublevaba al pensar que semejante comparación fuese posible. ¡Qué impaciencia la suya por que dejase de serlo!

Durante aquella semana de un último aplazamiento...

to estuvo tentada veinte veces por volver á casa del padre Euvrard, segura de que el sacerdote le ordenaría plantear en seguida al que era su marido según el Código la cuestión de que lo fuera según la Iglesia. Y veinte veces había rechazado la idea de esta visita, pensando que si se la ocultaba á Alberto, no se lo perdonaría ella misma, y si se la decía sería él quien no le perdonaría el haber de nuevo introducido á un tercero en sus asuntos.

Y Gabriela esperaba con una impaciencia que hacía más febril la falta de noticias de su hijo desde aquella carta tan cariñosa en que le participaba la muerte de su padre. No era extraño que prolongase su estancia en el Aveyron, donde poseía ahora cuantiosos intereses; pero ¿qué ocurría para que no sintiese la necesidad de acercarse á ella por el corazón?

Los correos se sucedían sin traerle carta alguna y Gabriela se perdía en conjeturas á veces insensatas, como la de una enfermedad que se le ocultaba ó el casamiento con Berta Planat, realizado gracias á la ignorancia ó á la complicidad de algún alcalde rural...

¿Qué sabía ella?.. Y pensando estas cosas la invadía el espanto por una expiación del escándalo de vivir con un hombre á quien el mundo y ella misma llamaban su marido y que no lo era... Entonces temblaba y formaba con todo fervor el propósito de hablar á Alberto el mismo día en que volviese Luciano. Acabó por transformar esta resolución en un voto, y se fué á San Sulpicio á prometer á Dios tener ese valor.

Y tal era su sinceridad, que en el momento en que recibió la carta de Luciano anunciándole su visita para el día siguiente, por poco se desmaya ante la idea del compromiso adquirido, pero no le ocurrió siquiera el faltar á él. En cuanto su hijo saliera de su casa, se efectuaría la conversación con Darrás. Éste estaba justamente inquieto al ver que palidecía de aquel modo al leer la carta de Luciano, y le dijo:

—Debes ser más dueña de ti misma.

Y añadió vacilando un poco:

—Con más motivo, puesto que temo que esta entrevista sea dolorosa... Sí, cuando me encontré con Luciano en casa de su padre, tuve la impresión de que estaba todavía más cambiado... No te lo dije entonces, pero más vale que estés prevenida. Temo que se hayan agravado las disposiciones en que ya estaba respecto de nuestro matrimonio...

—¿Pues no me dijiste que no hubo nada entre vosotros en aquel momento?

—No hacen falta palabras entre personas que se conocen como nosotros; basta la mirada. Más le hubiera querido como le vimos aquí, injusto, violento, furioso... Entonces era yo alguien para él, y su cólera no era más que su cariño exasperado...

—¿Y el otro día?.. ¡Acabal!.

—El otro día comprendí que yo no existo para él; lo vi en el propósito de no conocerme que se leía distintamente en sus ojos... Puedes adivinar las reflexiones que he hecho... Acaso me habré engañado; pero, si he visto bien, esta conversación entre vosotros, viniendo él de donde viene, podría ocasionarte duras sorpresas. Trata de conservar mucha calma. Las condiciones no son ya las mismas, puesto que ya no puedes temer una acción inmediata. La ley está de nuestra parte... Procura solamente que Luciano no se vaya de aquí para no volver...

No dijo más. Las impresiones resumidas en esas frases ambiguas habían sido tan amargas, que le era penoso insistir. Su advertencia correspondía bien con ciertas ideas que había despertado en Gabriela el silencio de su hijo en aquellos ocho días, así fue que no trató de arrancar á su marido unas explicaciones que le habrían sido violentas y que no le hubieran dicho nada nuevo.

Cuando al día siguiente entró Luciano en el saloncillo, en donde se habían cruzado, la semana anterior, tan terribles frases entre los tres, su madre comprendió á la primera ojeada que Darrás no se había engañado. Tenía delante una persona á quien no conocía del todo. El haber asistido á los últimos días de su padre, el haber ido á aquel rincón de provincia de donde descendía su familia y el haber vivido aquella semana entre parientes y recuerdos del muerto, había suscitado en el joven ideas y sentimientos muy diferentes á los de otro tiempo.

Gabriela llegaba á la prueba más dura para una mujer divorciada y vuelta á casar: su hijo había dejado de darle completa y absolutamente la razón. No tenía ya ni aquella expresión cariñosa manifestada instintivamente en su esquelca; ya no era «su pequeño.» A su pesar acaso, era su juez.

Así lo leyó Gabriela en su cara demacrada, en sus pupilas brillantes y su boca trémula, y en el momento pasó al segundo término de sus preocupaciones la cuestión del matrimonio con Berta Planat, que

tan alarmada la tenía. La diferencia entre su última entrevista, tan dolorosa, pero tan cariñosa todavía, y la actual, quedó marcada por el hecho insignificante, aunque muy significativo, de que no se precipitaron el uno hacia el otro, como entonces; Gabriela apenas se levantó del sillón en que estaba trabajando para besar á su hijo larga y silenciosamente; no habría tenido fuerzas para salir á su encuentro, tanto miedo le inspiraba aquel cambio de corazón del joven anunciado por Darrás. Por otra parte, otro hecho insignificante también, pero también muy significativo, vino á aumentar su turbación; el contraste entre el traje de luto de Luciano y el vestido de color que ella llevaba. Gabriela, sin embargo, se había puesto uno muy obscuro, pues su sensibilidad de mujer había previsto aquel detalle, aunque sin atreverse á vestir luto para que no se ofendiera Alberto. También Luciano se estremeció ante aquel visible símbolo del divorcio que separaba á sus padres aun después de la muerte, y respondió con voz triste cuando ella le preguntó afectuosamente:

—¿Has sufrido mucho, hijo mío?..

—Sí, mamá, más de lo que puedo decir.

—Puedes decirlo todo... Yo puedo oírlo todo también... La muerte borra muchas cosas, y en el momento en que tienes una pena, sobre todo esa, puedes estar seguro de que tomo parte en ella.

—Lo sé; pero el hablar de esto, ni aun á ti, me haría daño... Era mi padre, y por muchas que fueran sus culpas contigo y conmigo, al verle morir he sentido que le conservaba un cariño que yo no sospechaba. Ha muerto tranquilamente; había tenido algunas crisis de delirio muy penosas; pero el delirio pasó y mandó llamar á un sacerdote, deseo al que creí deber mío acceder. Cuando el sacerdote hubo salido, tuvo todavía media hora de lucidez, durante la cual conversó conmigo; luego le invadió un sopor y murió sin señales de sufrimiento. La daban inyecciones de éter y ni siquiera las sentía. En esta última conversación me dió un encargo para ti, según se te decía en mi billete: ha querido que te pidiese perdón en su nombre por no haber sido contigo como debía. Ha podido cometer muchas faltas, pero te juro, mamá, que no era un mal hombre. ¿Le perdonas? Dime que le perdonas. Necesito que me lo digas...

—Le perdono, respondió sencillamente Gabriela.

Su hijo la interrumpió en seguida como si temiera cualquiera otra palabra:

—Gracias en su nombre y en el mío...

Luciano hizo un ademán indicando á su madre que no pronunciara una palabra más y se puso la mano en los ojos, como para dominar una intensa emoción. Después, ya más tranquilo, añadió:

—Acabas de hacerme mucho bien y quisiera que pudiéramos conservar esta impresión tan dulce. Pero hay que tratar otro punto y sería pueril el aplazarlo. El otro día no fuimos dueños de nosotros mismos ni tú, ni yo, ni...

No nombró á su padrastro y concluyó brusca-

mente:

—En fin, ya comprendes que se trata de mi casamiento...

—¿Es indispensable que hablemos de eso ahora? Estamos los dos conmovidos y hemos sentido lo mismo sobre un asunto muy delicado... No planteemos hoy las cuestiones que nos separan...

—Ese asunto debe quedar resuelto hoy mismo, respondió Luciano con firmeza. Además, la frase que acabas de pronunciar me dice claro tus intenciones. Permíteme que te las haga precisar. No estoy, como ves, exaltado y puedes responderme con toda franqueza. Sé por mi notario que estás al corriente del paso que di cerca de mi padre. Si el impedimento á mi matrimonio hubiera venido de ti, de ti sola, hubiera vacilado antes de emplear ese medio que me daba la ley... No es contra ti contra quien he obrado; quería afirmártelo... Pero, con razón ó sin ella, di ese paso y obtuve el consentimiento de mi padre, que me lo concedió con entero conocimiento de causa, pues no le oculté nada de las condiciones en que se encuentra mi prometida. Estaba enfermo, es verdad, pero conservaba todo su juicio y quiso borbarme que me quería no oponiéndose á una unión que era mi más apasionado deseo y que será mi felicidad. Si él hubiera vivido dos semanas más, la boda se hubiera realizado; pero su consentimiento es hoy nulo, y sólo depende de ti que yo pueda casarme. ¿Confirmarás ó no la última voluntad de mi padre?

—No puedo aceptar la cuestión planteada en esos términos, dijo vivamente la madre, á la que la pregunta de Luciano había herido en lo vivo. Cuando me has hablado de perdón, creo haberte respondido como debía y muy sinceramente. No me pidas que vaya más lejos y que tenga en cuenta una voluntad que, para mí, nunca ha sido legítima... Ya ves que

tenía yo razón cuando te suplicaba que no tratásemos este asunto, pues me fuerzas á decirte cosas que hubiera querido callarte. No sabes cuán desgraciada me hizo ni cuántas lágrimas me costó que dieras el paso de que acabas de hablar. Dices que no lo hiciste contra mí; pero yo no puedo aceptar que me separes de Alberto, de mi marido, de ese hombre excelente al que siempre has llamado padre y que lo ha merecido y sigue mereciéndolo por su abnegación. ¿Quieres saber lo que me dijo ayer mismo, cuando llegó tu carta? *Trata solamente de que Luciano no salga de aquí para no volver.* Estas fueron sus palabras... ¡Y si supieras cómo ha aprovechado la ocasión de abogar por ti!.. Acaso hago mal, pero quiero decírtelo todo... Ha visto á la persona con quien quieres casarte, y la ha visto, como sabes, en circunstancias que te prueban lo que eres para él... No podía haber hecho por ti mayor sacrificio que el ir á aquella casa para salvarte. La casualidad quiso que esa joven y él se explicasen, y su impresión fué muy diferente de lo que él esperaba. Mentiría si te dijera que ha cambiado de ideas, pero sí dice que acaso la hayamos juzgado un poco de prisa. Confiesa que teníamos motivos muy naturales para temerla... Pero, en fin, si se nos demostrase que es realmente como tú la ves, si supiéramos que sería para ti una buena esposa, acaso yo también modificase un día mi modo de pensar. Será cuestión de tiempo, y creo justo que me lo concedas para darte una respuesta definitiva...

Al pronunciar estas palabras, en las que se veía tan claramente su apasionado deseo de defender á su segundo marido contra el hijo del muerto, Gabriela buscó en los ojos de Luciano un resplandor de duda que no encontró. Por el contrario, la fisonomía del joven se había ensombrecido más. No respondió al pronto, y se puso á pasear por la habitación, hasta que se paró de repente delante de su madre y dijo precipitadamente y con expresión de amargura:

—¿Para qué darte tiempo?.. Hay cosas que no pueden cambiar. El tiempo no hará que el Sr. Darrás no haya insultado á mi prometida, y á mí al mismo tiempo, de un modo que no puede reparar. El tiempo no hará que él no haya reivindicado derechos sobre ti á expensas de los míos, ni impedirá que yo haya tenido que marcharme de esta casa, que no es tuya, sino vuestra... Sí, es preciso que lo diga todo... ¿Dónde voy á pasar el tiempo que me pides? ¿Cuál será mientras tanto mi hogar?.. ¿Vuestra casa? ¡Jamás!.. No podría...

—¡Luciano!, exclamó la madre levantándose y cogiéndole las manos. Tú no dices lo que piensas... No es posible que sientas así... No es cierto...

—Lo es...

—No..., no... El rencor te extravía y te hace duro é ingrato... Olvida estas horribles semanas y recuerda el pasado... ¿No has sido dichoso aquí?

—Lo he sido.

—¿No se te ha querido? Atrévete á decirlo...

—Se me ha querido.

—¿Mi marido no ha sido para ti el mejor amigo durante muchos años?

—Lo ha sido.

—¿Cómo has podido, entonces, articular esas palabras monstruosas?

—No son monstruosas, mamá; son la verdad... No se trata del pasado, sino del presente y del porvenir. La idea de que estoy aquí de más empezó á crecer en mí hace mucho tiempo. Al principio fueron celos, que te ocultaba porque me daban vergüenza. Tú no tenías la culpa de que á mí me hiciera sufrir el que no fueras más mía. Se trataba de pequeñeces. ¿Quieres un ejemplo? Nunca recibías una carta mía sin enseñársela á él. ¡Cuántas he roto en el regimiento á causa de esa miseria!.. Ha habido después no pocos rozamientos de los que él tampoco tenía la culpa. Yo llamaba padre á tu marido y él me trataba como á un hijo, con esa autoridad que se extiende á los menores detalles de la vida. ¡Cuántas veces me he sublevado contra eso!.. Ha habido, por último, su gran injusticia contra mi prometida y mi desilusión sobre el carácter de tu marido... Me ha hecho sufrir mucho que le dices la razón contra mí en una circunstancia en que yo no le estimaba... Ha habido, sobre todo, mi estancia al lado de mi padre, desde el momento en que fuí á su casa, avergonzado casi de ello... El cariño que me demostró me conmovió hondamente, porque comprendí que se arrepentía... Sentado á su cabecera, le he oído recordar su vida fracasada, y he tenido la prueba de que él valía más que esa vida. Sus añoranzas iban sin cesar á ti y á los días de vuestra boda y de mi nacimiento... Sería una locura; pero, al oírlo, no podía yo menos de soñar con la vida que hubiera tenido entre vosotros dos si tú hubieras podido no dejarle. ¡Quién

sabe! Puede que se hubieran desarrollado las buenas cualidades de su naturaleza... Las tenía, y muchas. Lo he comprendido por lo que me han contado de él sus compañeros de infancia y de juventud en Villefranchè... No te acuso, mamá. No tuviste fuerza para soportar sus defectos más que hasta cierto punto, ni aun por mi causa. ¡Porque yo existía!.. La comparación entre lo que ha sucedido y lo que hubiera podido suceder me ha sido muy penosa... ¡No te juzgo, te lo repito! Pienso en alta voz contigo, porque te voy a dejar, porque voy a hacer una vida contraria a tus ideas y a tus deseos, y quiero decirte todas las razones que á ello me mueven. No soy un mal hijo, pero no tendría fuerzas para volver aquí y recobrar mi puesto en vuestro hogar... Sería muy desgraciado...

Mientras Luciano hablaba, mirábase su madre sin una lágrima, sin un sollozo, con la vista fija, en ese estado de aniquilamiento que producen ciertas catástrofes en las que el exceso del dolor paraliza toda reacción. Había sufrido mucho en aquellas dos semanas al chocar con las consecuencias de su segundo matrimonio, consentido en otro tiempo después de una gran lucha de conciencia. Pero nunca su sufrimiento había sido tan atroz como ahora.

No eran ya las consecuencias de su acto lo que tenía delante, era el acto mismo, hecho presente y como concreto por las quejas de su hijo. En el relámpago de una alucinación retrospectiva, Gabriela recorrió todas las etapas que le habían conducido á él. Primero, su salida del hotel Chambault, que entonces creyó justificada. ¡Si hubiera sido más paciente y no hubiera producido la demanda de separación que exasperó el rencor del padre de Luciano!..

En la época de aquel proceso, su marido le pidió que volviera, y ella se negó. Después, cuando él quiso convertir la separación en divorcio, ella afectó no oponerse... Era verdad, por lo tanto, que tenía su parte de responsabilidad en aquel divorcio; era verdad que al volverse á casar, existiendo su hijo, se había condenado á no poder responderle si alguna vez le decía: «Me has sacrificado.» Para quedar absuelta á sus propios ojos era preciso que aquel hijo no protestase jamás contra la intrusión del extraño, y hacía más que protestar, se marchaba.

La tragedia de familia que envuelve virtualmente todo divorcio llegaba á su supremo y lógico episodio. El segundo matrimonio manifestaba su radical incompatibilidad con los restos vivientes del primero. ¿Era eso lo que había querido la madre?.. Era, sí, lo que había hecho. Y Gabriela gimió:

—Dices que no me juzgas, pero ¿qué juicio puedes hacer más cruel que decir que en mi casa no estás en la tuya y que eres desgraciado al lado mío?.. Pero yo no lo acepto. Es una horrible pesadilla. No te he oído hablar de ese modo, á ti, á mi Luciano... No, no creo lo que me dices... Alberto y tú sois demasiado sensibles. Los dos sois orgullosos y tímidos y habéis dejado establecerse entre vosotros una horrible mala inteligencia. Es preciso que os expliquéis. Alberto nunca ha sabido lo que tú pensabas, te lo juro... Se lo dirás, como á mí, y no quedará nada, nada, nada...

—¡Pobre mamá!.. ¿Para qué mentirnos los unos á los otros? ¿Para qué retroceder ante una evidencia que hemos tenido los tres en este mismo sitio?.. Mi padrastro sabe cómo pienso y á ti te consta que lo sabe... En este instante, mientras nosotros hablamos, está él en su despacho, detrás de esa puerta... ¡y no entra!.. ¿Por qué sino porque no hay sitio ya para los dos á tu lado? Y tú lo ves así de tal modo, que no irás á buscarle y no provocarás una explicación entre nosotros delante de ti. Te das cuenta de que sería inútil y peligrosa...

—Es necesaria, dijo Gabriela, y voy á buscarle.

Se dirigió con decisión á la puerta del despacho, levantó la cortina para buscar el botón de la cerradura y no le dió la vuelta. Por un segundo se estuvo así, temblando de tal modo, que tuvo que apoyarse en el marco. Y su mano cayó sin haber abierto. Entonces se separó de la puerta, que no se había atrevido á abrir, y volvió hacia su hijo diciendo:

—Tienes razón... Me da miedo... Pero, desgraciado niño, ¿no comprendes que os amo lo mismo al uno que al otro?.. Por eso no soportaría el veros frente á frente... ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!.. Acaso he sido muy culpable divorciándome y volviéndome á casar, pero en este momento estoy bien castigada...

—¿Tú?.. ¿Culpable tú?.. ¿Tú, querida mamá? ¡No digas eso, te lo suplico, no lo pienses siquiera!..

Luciano la obligó á sentarse en un sillón y se arrodilló delante de ella para besarle las manos, conmovido hasta el fondo del alma por aquel grito de martirio.



—¡Luciano!, exclamó la madre levantándose y cogiéndole las manos

—El culpable soy yo, yo quien merece castigo por haberte dado esa impresión de reproche y de queja. ¡Y yo, que sólo había venido para repetirte mi culto, mi devoción!.. Quería hacerte comprender que después de salir de esta casa te guardaría la mejor parte de mi cariño... ¡Tú castigada! ¿Por qué? ¿Por haber creído sinceramente que todos los corazones se parecían al tuyo? No, no todos son, como el tuyo, todo bondad, todo amor, el mío el primero... ¡Mírame!.. ¡Sonríeme!.. Piensa que estaremos, acaso, mucho tiempo sin vernos...

—¿Entonces, está decidido?.. ¿Te vas de aquí?.. preguntó la madre sobresaltada.

—Sí, tú misma acabas de experimentar que tengo razón... dijo Luciano señalando á la puerta del despacho. Después de lo que ha pasado y de lo que te he dicho, me está prohibido vivir con vosotros. Mi puesto no está aquí. He encontrado una mujer á quien amo y que me ama. Tiene todas mis ideas y tengo todos sus gustos. Nuestra manera de pensar y nuestros principios son idénticos. Es mi mujer, en fin, con la que podré fundar un hogar como yo le sueño. El pobre muerto lo había comprendido así; comprendelo tú también y dame tu consentimiento.

—¡No!, dijo Gabriela separándose de la presión suplicante de su hijo. No... no... Te he pedido que esperes. ¿Es mucho exigir?

—Y yo te he dicho por qué no puedo esperar. Berta Planat ha sido muy desgraciada y muy injustamente, y yo he prometido compensarle en felicidad todo lo que ha sufrido por la crueldad del mundo. Al venir aquí he previsto tu negativa, la he preparado para este caso y he conseguido que consintiera en la resolución que vas á saber. Los dos creemos que el valor moral del matrimonio reside solamente en el compromiso de las conciencias. Aunque el señor Darrás se indignase el otro día cuando le expuse esta creencia, yo la tengo, porque la siento verdadera con todo lo que hay en mí de justicia. Si he

querido casarme con Berta legalmente, ha sido porque el casamiento legal es una prueba pública de estima. Te opones, y me resigno. Pero los dos hemos cambiado nuestras promesas y vamos á vivir juntos. Seremos calumniados, pero tendremos la conciencia de nuestra parte... Hemos resuelto abandonar París, entre otras razones, para evitarte los comentarios que mi vida provocaría entre las personas que te rodean. Nos vamos á Alemania, donde mi mujer seguirá sus estudios de Medicina y emprenderé yo los míos, pues me he apasionado por esa ciencia. Dentro de dos años podré legalizar esa unión, que es ya para mí mucho más respetable que los buenos partidos con que sueñan mis compañeros... Berta tiene un hijo, y para que no pase lo que yo he pasado, haré que nunca sepa que no soy su padre... Apelo á tu sentimiento de justicia, mamá; ¿podrás no estimarme porque viva así?

—Pero ¿te estimarás tú mismo por haber abandonado á tu madre y haberme causado la pena que me causas?

—¿Sería evitártela el permanecer aquí desgarrándote el corazón, como acabo de hacerlo, y torturando el mío?.. No te abandono; te dejo á tu marido y á tu hija...

—¡Y sin mi hijo!, exclamó la madre llorando.

—Mamá, no me quites el valor. Es preciso, es mi deber hacia ti, sobre todo hacia ti.

La estrechó de repente entre los brazos con tal fuerza, que casi le hizo daño, y dijo en voz baja:

—¡Adiós, adiós!..

Y antes de que su madre pudiera responderle, salió del saloncillo. El grito «¡Luciano! ¡Luciano!» no le hizo volverse, y Gabriela oyó, como el otro día, abrirse y cerrarse la puerta de la calle. El ruido de un coche acabó de demostrarle que aquel rápido adiós, que la había dejado paralizada de asombro, era real.

—¡Se ha marchado!, gimió, y ni siquiera ha subido á dar un beso á su hermana...

X

LA PRISIÓN

La salida del joven había sido espiada por otra persona, se adivina cuál, y se adivina también si la duración de aquella entrevista había parecido larga á Darrás. Estaba demasiado convencido de las consecuencias que la conversación del hijo y de la madre podía acarrear, para no esperar el resultado con una impaciencia rayana en la angustia.

¿Conseguiría Gabriela que Luciano consintiera por lo menos en aplazar su proyecto de matrimonio y que durante este tiempo frecuentara la casa, si no como huésped de ella, como visitante? O por el contrario, ¿se rebelaría el joven? ¿Pondría á su madre en el caso de contestarle en el acto con un sí ó con un no, y en caso de una negativa, se marcharía más separado aún de ellos que antes? La idea de un rompimiento irreparable con el hijo del primer matrimonio infundía en Darrás sentimientos de orden muy distinto: una mortal inquietud por la paz de su casa, pues esa catástrofe podía exaltar los escrúpulos religiosos de Gabriela; y el dolor de un cariño herido, pues quería realmente á su hijastro, le había educado y estaba orgulloso por ello...

Al mismo tiempo, ese rompimiento era borrar por completo un pasado odioso, y el segundo marido experimentaba en lo más profundo de su corazón un sentimiento de triunfo. Le daba vergüenza encontrar en sí mismo ese odio indigno de su carácter; pero el avergonzarse por una pasión mezquina no es dejar de tenerla...

La conversación se prolongaba y su mujer no venía á llamarle... ¿Sería que no lograba vencer la obstinación del joven? De pronto oyó, también él, el ruido de la puerta al cerrarse y vió el coche en que había venido Luciano y que se le llevaba... ¿Había fracasado Gabriela?..

Se precipitó al saloncillo y la encontró sentada en una butaca, inmóvil, con las manos abandonadas sobre las rodillas y la cabeza baja.

(Continuará.)

TIMBALES Y TIMBALEROS

En 1715, cuando Federico el Grande sólo tenía tres años de edad, su padre tuvo una gran alegría viéndole marchar acompasadamente tocando un tambor. Contóselo en seguida á su madre, dice Carlyle, se habló mucho de aquel fenómeno y un pintor se encargó de pintar el retrato del tamborcillo, que cuelga todavía de los muros del palacio de Charlottenburgo. «Esta, dice también Carlyle, puede considerarse como la primera salida que hizo Federico al escenario del mundo,» siendo recibido con aplausos, porque el cariñoso padre la tomó como presagio del genio militar de su hijo.

Si se dejaron llevar por la opinión del padre de Federico, la mayoría de los de los demás descubrirían grandes propensiones militares en sus precoces retoños, porque, bajo una ú otra forma, es el tambor el primer instrumento que solemos tocar.

Así como desde muy temprano figura el tambor en nuestra existencia, así también figura en la de los pueblos. Siempre se le encuentra entre las razas aborígenes, que le emplean para espantar los espíritus maléficos y para incitar á los guerreros á llevar á cabo hazañas de indómito valor; para asustar á los contrarios ó para congregar á los amigos. Estos tambores primitivos son de toda clase de formas, tamaños y materiales. Así, en la China, los hay hechos de arcilla cocida al horno, en forma de taza, con una piel extendida sobre su parte superior. El rey de Inglaterra

dera. Uno de los ashantis tiene forma de botella, en cuyo fondo, que es muy grande, está el parche. Un tambor de las islas de los Amigos, de cerca de metro y medio de altura, tiene un poste con un par-



MR. GABRIEL CLEATHER, tocando un solo en seis timbales

en su ópera *Roberto el Diabolo* para cuatro, asignándoles una corta y encantadora melodía.

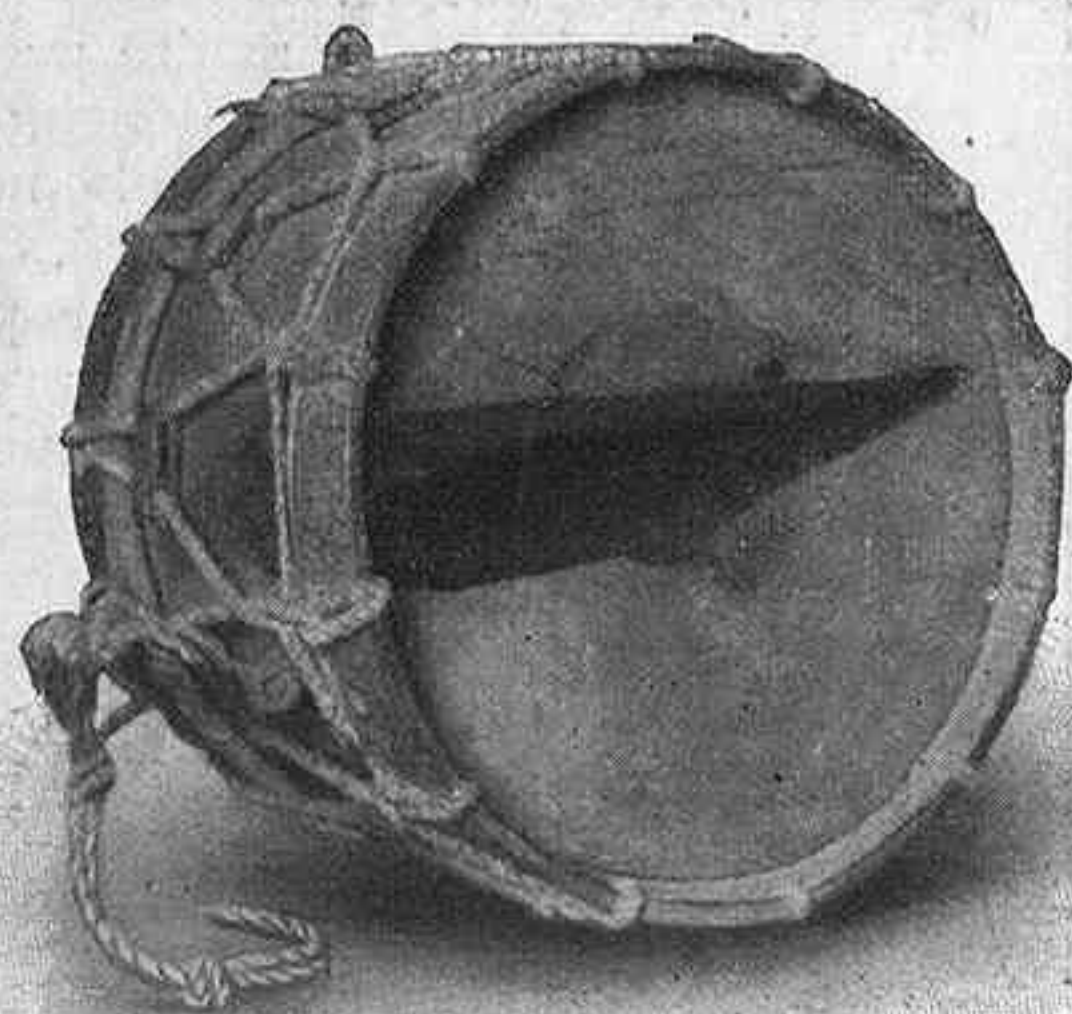
Los modernos músicos generalmente componen para tres y además los emplean para producir diferentes efectos. Así como antiguamente eran empleados sólo para reforzar los fuertes, ahora lo son con mucho más efecto para dar colorido y delicados matices á la orquesta.

Algunas veces han servido como instrumentos solistas; Beethoven así lo ha hecho en varias de sus sinfonías, y Julio Tausch, antiguo maestro de capilla de Dusseldorf, compuso un solo en que empleó seis timbales y les asignó la melodía, ejecutando la orquesta el acompañamiento. Este solo fué tocado por Mr. Gabriel Cleather, en el Palacio de Cristal, con la orquesta de Mr. Augusto Mann, en 1885, causando gran sensación en el mundo musical, pues era un ejemplo práctico del mejor empleo de que son susceptibles esos instrumentos bajo una dirección artística é inteligente.

En el ejército se acostumbraba dar todos los toques con tambores. Por esta razón se les defendía casi tanto como á las banderas, pues la pérdida de uno era la de parte del mecanismo necesario para manejar las tropas. Aún se les reputa como trofeos dignos de conservarse; en el Museo del Ejército y Armada de Londres se halla uno en cuyo des-

trozado parche se lee la siguiente inscripción: «Este tambor fué recogido, después de un combate, en el Paso de Shipka, en agosto de 1877. Sobre él descansaba la cabeza del ruso que lo tocaba, separada del tronco.»

Hay en el Museo de Praga un tambor de lúgubre procedencia; está formado con la piel de Ziska, el famoso jefe de los husitas, que vivió de 1360 á 1424, quien ordenó á sus secuaces que cuando muriese curtiesen su piel é hiciesen de ella los parches de un tambor, á fin que sus sonidos les inspirasen valor en las batallas y miedo á los enemigos, como los había inspirado su voz cuando vivo. Los peruanos, por razones parecidas, se dice que desollaban á sus prisioneros y de su piel hacían tambores. También se ha



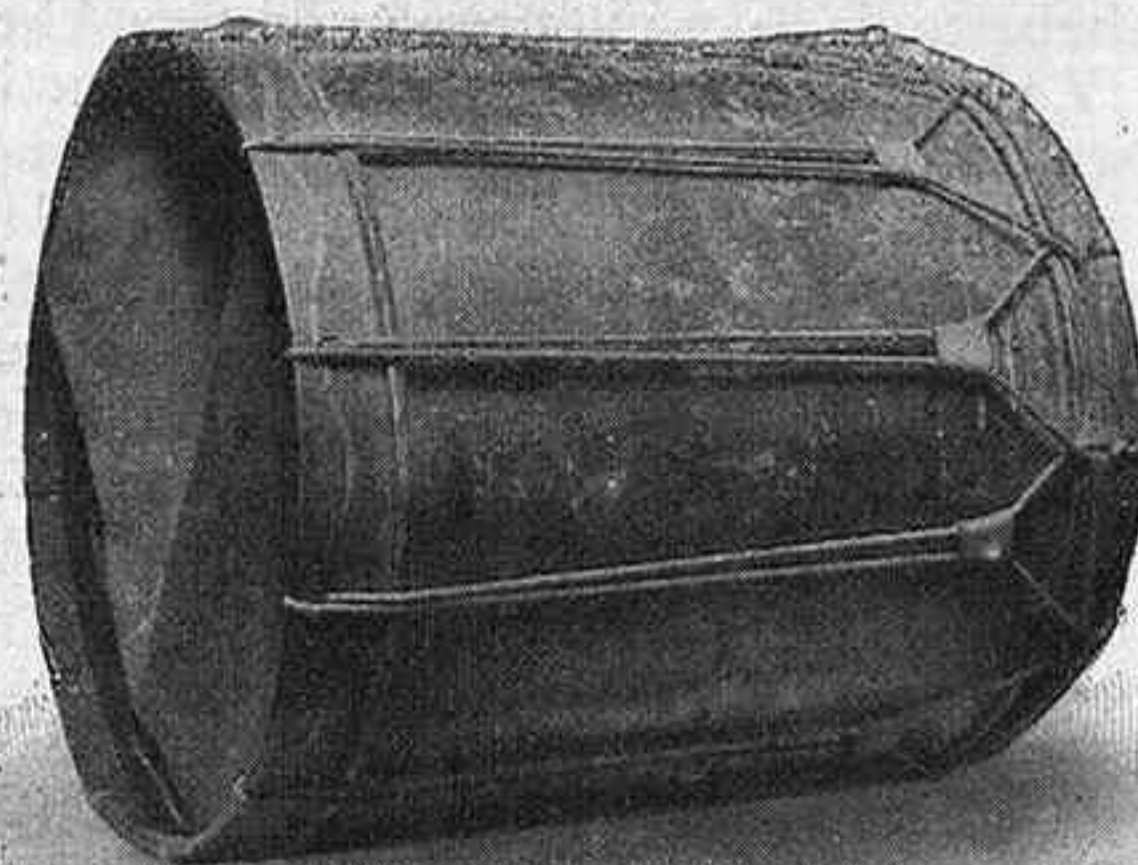
Tambor cogido en el paso de Shipka, en 1877

conserva una caja de guerra de un jefe sudanés, parecida á un gran sombrero de copa; es toda de metal primorosamente trabajado. Un tambor del Africa Central se asemeja á un cono invertido; el parche está sujeto por medio de correas que atraviesan el costado de la caja y se amarran juntas en el vértice del cono ó fondo del tambor. Otro tambor cónico del Africa Central tiene más de cuatro pies de altura y está hecho ahuecando un macizo trozo de ma-

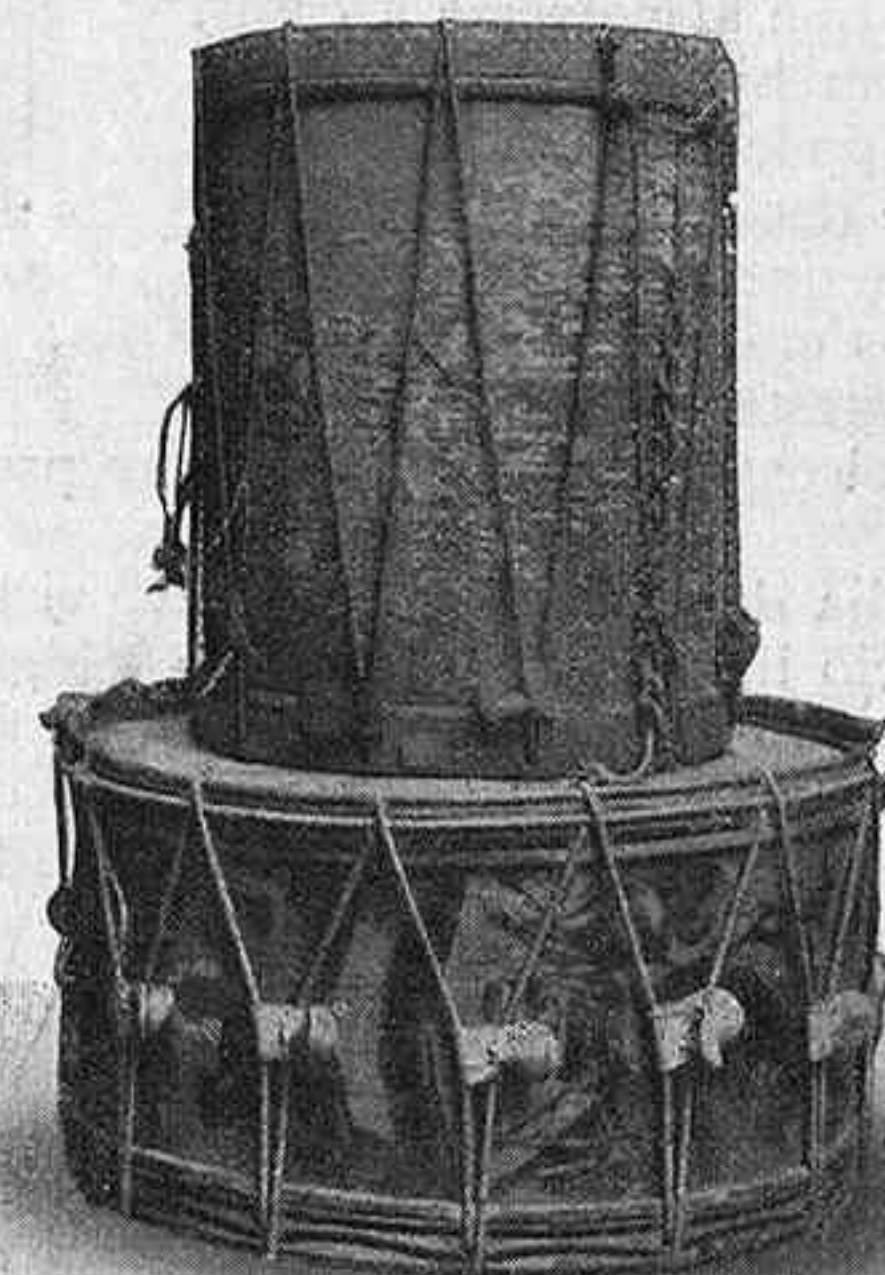
che de cuero de sólo 15 centímetros de diámetro.

Hay tres distintas clases de tambores: el bombo ó redoblante, el tambor propiamente dicho y los timbales. El primero es el instrumento más conocido de toda una banda de música y no hay necesidad de describirlo; el tambor se lleva pendiente de una bandolera que desde el hombro derecho pasa al costado izquierdo, de modo que va á descansar sobre la pierna de aquel lado. Los timbales los usan los regimientos de caballería, van colocados á uno y otro lado del caballo, descansando sobre sus hombros. Haendel fué quien introdujo los timbales en las orquestas, utilizando un par de ellos cogidos al enemigo por el 7.º regimiento de Dragones de la Guardia inglesa en la batalla de Dettingen, para el *Tedéum* que escribió con objeto de solemnizar dicha victoria, y que luego regaló el rey al mencionado regimiento.

También se conocen á los timbales en las orquestas por su nombre italiano de *timpani*. Estos instrumentos difieren materialmente de los redoblantes y tambores en que estos últimos marcan únicamente el ritmo ó compás, pues se construyen de modo que no den ninguna nota determinada, al paso que aque-

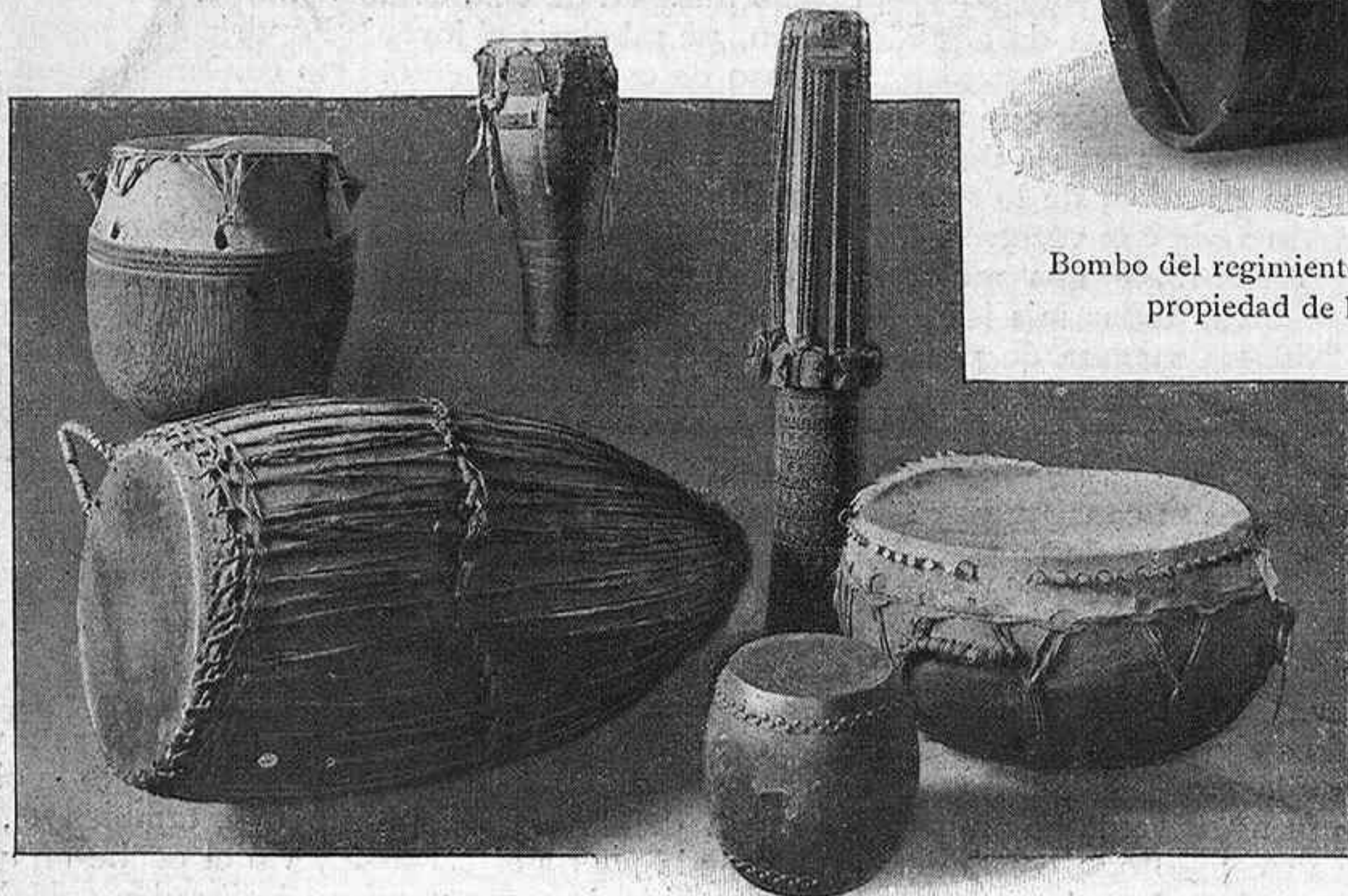


Bombo del regimiento inglés de húsares de la Reina, propiedad de los Sres. Makillan y C.ª



Tambor largo de construcción antigua.

Redoblante moderno construído por los Sres. Potter y C.ª, de Londres.



Tambor de los ashantis. Tambor de los mandingas (Africa Occidental). Tambor de la tribu bari (Africa Central). Tambor de la isla de los Amigos. Tambor chino. Tambor del Sudán.

TAMBORES QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA DE LONDRES

llos, construídos á propósito y templados, emiten sonidos musicales tan claros y precisos, como el doble bajo, y han de emplearse únicamente cuando las notas para que han sido afinados formen parte de la armonía.

Los antiguos compositores empleaban generalmente un par templados á la tónica dominante; pero Meyerbeer, que era timbalista, compuso siempre para tres, y

supuesto que los parches de tambor hechos de pieles de animales feroces causan pavor al contrario.

Un sacerdote del Lancaushire tiene un tambor que perteneció al ejército de Carlos Estuardo y que fué abandonado por un rezagado en una cabaña, en Arkholme, durante la retirada de dicho ejército en 1745. Mide 45 centímetros por 44 y está agujereado por varias balas.

En la Real Exposición militar de 1870 había un bombo, único en su clase, que medía 66 centímetros por 85, hecho con duelas, como una pipa.

Un fabricante de instrumentos músicos muy conocido tiene un bombo pintado con las armas reales y que lleva la inscripción «VII ó Húsares de la Reina;» la caja es de roble, las tablas se unen rectas, sin estar arrolladas formando cilindro como ahora se usa, y están sujetas por una plancha y remaches de hierro. Los parches son muy gruesos y se supone que están hechos de piel de asno. Este tambor fué encon-

trado por un belga en el campo de batalla de Waterloo, y durante algún tiempo lo usó una banda de música de un pueblo vecino, de quien lo compró su actual poseedor. Se conservan también otros tambores de Waterloo y uno que data de la batalla de Bleuheim.

El regimiento de Granaderos de la Guardia conserva uno cogido á los rusos en la batalla de Alma, y en las guerras con Francia ocurrió el curioso incidente de que el regimiento de infantería inglesa n.º 34 cogió los tambores del de igual número de la francesa.

En la guerra contra los zulús éstos capturaron uno del regimiento n.º 24, que luego se recobró, pero muy estropeado y lleno de machetazos.

Por los años de 40 del siglo pasado, los Sres. Enrique Potter y C.ª construyeron un tambor extraordinario para los conciertos monstruos de Julien, en el teatro de Drury Lane; era un redoblante de más de un metro de diámetro y de más de tres metros de parche á parche. Esa misma casa regaló al Palacio de Cristal, en 1884, el par de timbales grandes conocidos por «los timbales de la Torre,» porque sus parches se hicieron con pieles de león procedentes de la casa de fieras de la Torre de Londres.

Los Sres. Potter poseen un bombo que fué en otro tiempo de la Compañía de las Indias Orientales, un tambor antiguo de marina y otro del tiempo de la reina Isabel.

Los timbales son generalmente de cobre y alguna vez de plata. Los que se usan en las grandes ceremonias de la corte son de plata, como lo es el célebre par que Jorge III regaló en 1805 á sus guardias de á caballo.

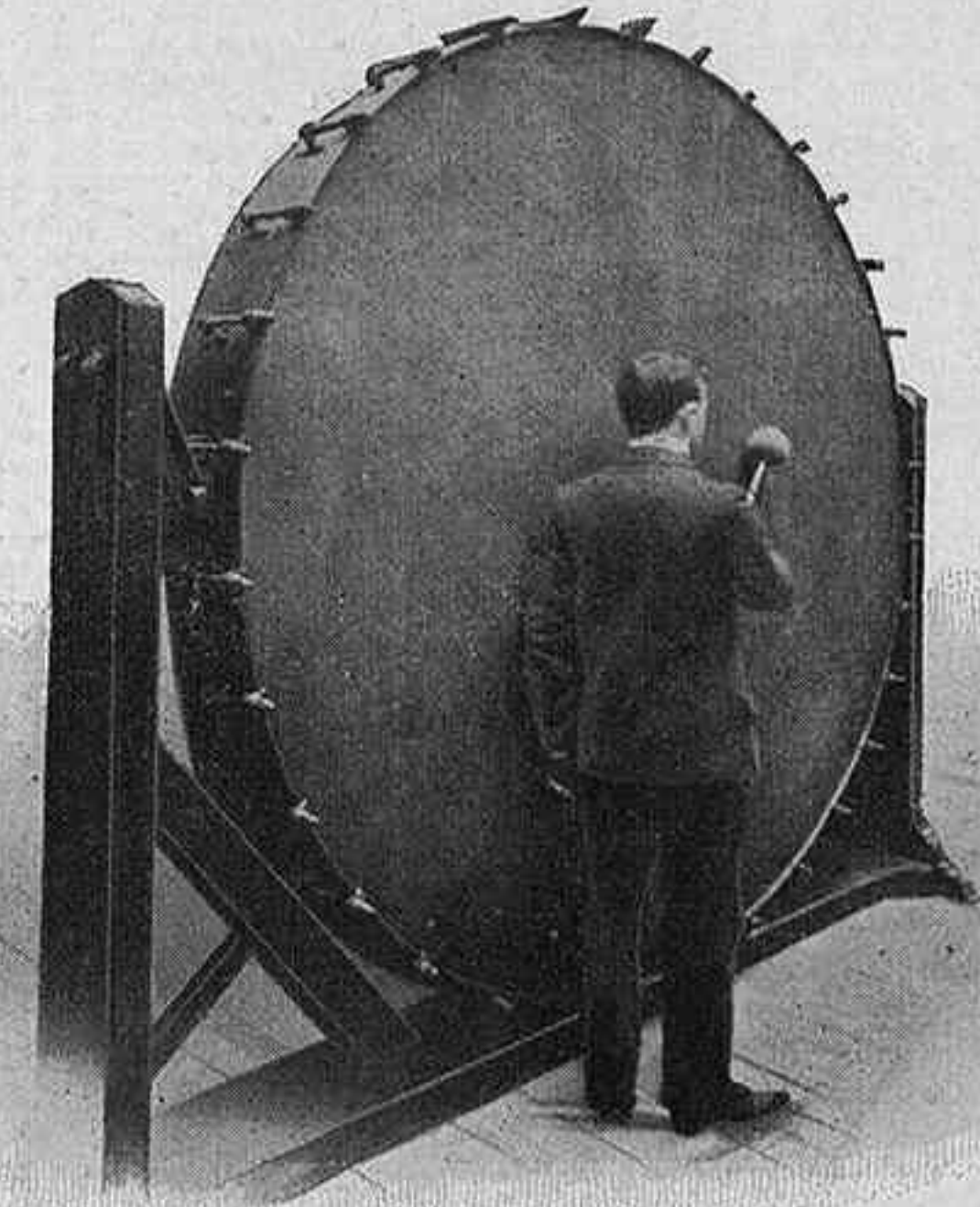
A propósito del papel que en algunas composicio-

nes representan los tambores, referiremos para terminar los siguientes sucedidos. En uno de los aniversarios de la batalla de Trafalgar, el célebre cantante Sinis Reeves cantaba «La muerte de Nelson» ante una distinguida concurrencia de ambos sexos en el antiguo navío de dicho almirante el *Victory*, anclado en Portsmouth. Habíase colocado lo más

dar una sola nota, que constituye la sorpresa. Para dar nota tan importante, de la que dependía el éxito de la pieza, se convino unánimemente en que no servía ninguno de los tambores de la localidad. Todo



Timbales que pertenecieron á la Compañía de las Indias Orientales y bombo del tiempo de la reina Isabel, pertenecientes á los Sres. Potter y C.ª



Tambor fabricado por los Sres. Bovsey, de Londres, para ser exhibido en la Exposición de París de 1885

cerca posible del sitio exacto en que expiró el gran marino, y todo se había preparado para dar la mayor solemnidad al acto. Cuando dicho canto va acompañado por la orquesta, el redoblante da un golpe de parche de mucho efecto al llegar á las palabras «Al fin sonó el tiro fatal.» Aquella vez el artista cantaba sin acompañamiento de orquesta, pero al llegar á aquella frase, un guardia marina lanzó inopinadamente un bote de hierro por la escotilla mayor, causando un pánico indescriptible.

En el programa de un grande festival que había de celebrarse en una ciudad del Norte de Inglaterra, estaba incluido el andante de la sinfonía de la Sorpresa, de Haydn, en la que el redoblante tiene que

el buen nombre de la fiesta dependía de que aquella nota se diese bien y á tiempo, y así se decidió contratar al célebre tambor de la orquesta de Miguel Costa Roberto Seymour, que además de los gastos de viaje, debía percibir cinco libras esterlinas por sus honorarios. Principió la sinfonía, pero al llegar el momento crítico, el redoblante permaneció mudo. Fué la vez que la sinfonía de la Sorpresa la ha causado mayor. El hecho es que cuanto menos tenga que hacer el tambor en una pieza, tanto más difícil es su papel, porque mientras está, al parecer, sin hacer nada, tiene que contar los compases, que algunas veces llegan á cientos, y si se distrae un momento, está perdido.—W. B. ROBERTSON.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al **IODURO de HIERRO**
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C.ª, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL de los **SRES. JORET HONGLE**

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F.ª G. SÉGUIN - PARÍS
165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
Alcohol de Menta de
RICQLÈS

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION
COLERINA
AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO esquisito
PRESERVATIVO contra las **EPIDEMIAS**
Pedir el **RICQLÈS**
De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

Pureza del CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTÉPHELIQUE
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS, FRECCOS
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Se pone y conserva el cutis limpio y terso

FRASCO 5 fr. en París
CANDES et C.ª B.ª St-Denis

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza
de los PECHOS en dos meses con las
Pildoras Orientales
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARÍS. El frasco, con instrucciones, por
correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Far-
macia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona,
Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

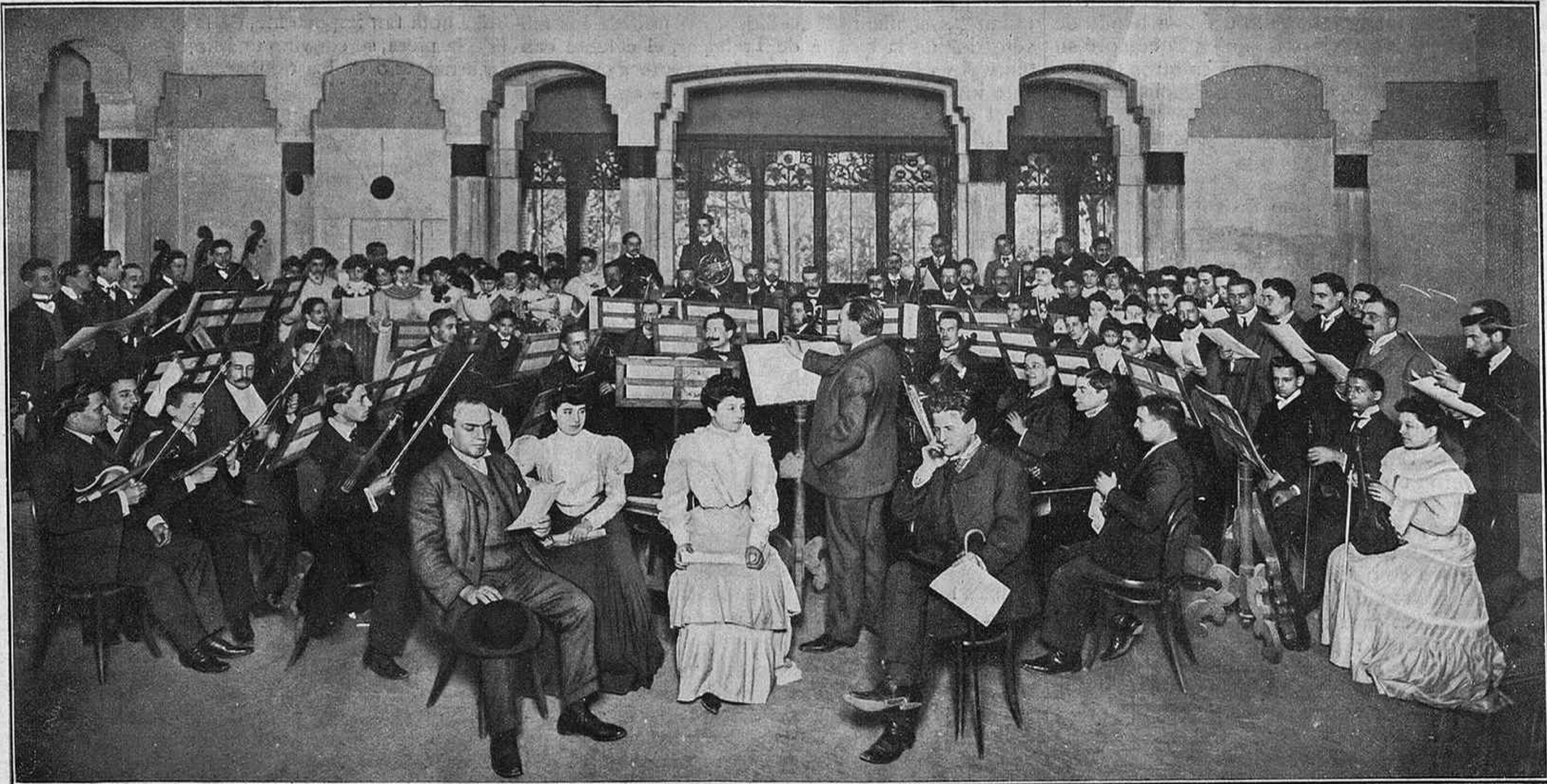
Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los **Flujos**, la
Clorosis, la **Anemia**, el **Apoca-**
miento, las **Enfermedades del**
pecho y de los **Intestinos**, los
Espustos de sangre, los **Catarros**, la
Disenteria, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.

PARÍS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



BARCELONA. — LA ASOCIACIÓN MUSICAL DE BARCELONA ENSAYANDO EN LA ESCUELA MUNICIPAL DE MÚSICA EL ORATORIO DE BEETHOVEN, QUE HA EJECUTADO CON GRAN ÉXITO EN LOS NOTABLES CONCIERTOS CELEBRADOS EN EL TEATRO DE NOVEDADES. (De fotografía de A. Merletti.)

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 75, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.

Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVOLE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN